

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

de entre las sombras

curtis garland





CURTIS GARLAND

DE ENTRE LAS SOMBRAS

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.074

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal B 2.899-1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

734. — La muerte elige.

En Colección PUNTO ROJO:

461. — Trampa para un muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

(De la agenda o diario de Wanda Carter).

«No sé lo que sucede.

»No lo sé. Pero estoy asustada. Muy asustada.

»Tengo miedo. Jamás tuve tanto miedo como hoy. Creo que, en realidad, jamás sentí miedo por nada. Me siento una mujer fuerte, valerosa, decidida. Realmente dispuesta a afrontar cualquier cosa, cualquier contingencia. Tengo valor, tengo decisión, tengo energías, sé encararme con las cosas, por desagradables que ellas sean, por difícil que resulte la situación que afronto.

»Al menos, eso es lo que pensé hasta hoy. Hasta este momento. Hasta que el dogal de mi terror, de mi angustia... incluso de mi pánico, me ha envuelto en ese cerco helado que parece asfixiarme, que bloquea mi garganta, que ahoga mi respiración, que agobia mi ser.

»Ahora ya sé que esto que me rodea es superior a mí. Quizá por eso siento miedo. Es como una sensación terrible que me acosa, un escalofrío continuado y horrible que llega a la base misma de mi cráneo, que eriza mis cabellos...

»¡Dios mío! ¿Es esto posible? ¿Puede sucederme a mí, a Wanda Carter, a una muchacha moderna, al margen de supersticiones, de inquietudes, de toda clase de sentimientos de terror hacia lo desconocido?

»Sin embargo, es cierto. Me está sucediendo. Me está agobiando, me está acosando, como si fuese una invisible y atroz bestia voraz que me acorralara contra un muro, bloqueando mis sentidos, mi razón, mi energía, mi voluntad toda.

»No sé lo que debo hacer. Ni siquiera sé si me van a dejar hacer algo. No sé si él o ellos podrán conseguir eso. Pero lo presiento. Casi siento su presencia física en torno mío, en derredor, muy cerca. Como si cien zarpas heladas me rozaran, en caricias espantosas, diabólicas y malignas, al acecho de mi desesperación, esperando en

la sombra a que yo me dé por vencida, a que me derrumbe en un caos de horror, de angustia, de derrota total y definitiva.

»Cuando escribo estas líneas en mi diario, miro nerviosa, angustiadamente, hacia la puerta cerrada de mi habitación. Esta confortable, cómoda, casi hospitalaria habitación de Kohlmar Terrace, destinada a mí, a Wanda Carter...

»Me pregunto, asombrada, si esto es posible. Si me estará ocurriendo a mí, si puede ser que haya sucedido, que en estos momentos yo viva esta aventura angustiosa y horrible, alucinante, inaudita.

»Indudablemente, todo es cierto. No es un sueño. No es una pesadilla. Yo, Wanda Carter, estoy aquí ahora...

»Estoy aquí, temblando mi mano, escribiendo mi diario, trazando estas palabras casi incoherentes y absurdas, con letra temblorosa, que ni yo misma conozco. Estoy aquí, encogida, amedrentada, dirigiendo frecuentes miradas a los muros, a los retratos de los Kohlmar, a esa puerta herméticamente ajustada, que no posee cerrojo, desgraciadamente, pero sí una buena, sólida cerradura.

»Una cerradura de la que yo, solamente yo, tengo la llave, y...

»¿Solamente yo?

»¡Dios mío!... ¿Por qué la pluma ha caído de mi mano, después de trazar un surco de tinta verde en la página de mi diario? ¿Por qué me he estremecido tan violentamente, por qué me ha sacudido un hálito de frío horror, al pensar que... que... que alguien pudiera tener mi misma llave en estos momentos?

»Sería horrible, espantoso... que alguien moviera esa puerta, que alguien empujara la hoja de madera, franqueando el paso hacia mí, acercándose a esta mesa donde escribo ahora, no a la luz de una vela, como se podría suponer por el ambiente, por la tremenda, terrible y avasalladora atmósfera que estoy viviendo en Kohlmar Terrace, sino a la de una vulgar lámpara eléctrica, de flexible brazo, que, sin embargo, no priva ni un ápice de horror al ambiente que me cerca aquí, como algo sólido, tangible, denso y asfixiante.

»Tengo miedo, sí. Estoy asustada. Amedrentada hasta el paroxismo.

»Dios mío, pensar que solo una llave, una cerradura, una simple puerta, puede separarme del pánico, de lo desconocido, de la

muerte tal vez...

»La muerte...

»¿Por qué he pensado en ella? Aquel espejo del fondo, sobre mi tocador, me devuelve mi rostro, mi imagen, y creo ver una faz extraña, ignorada, desconocida. Un rostro lívido, demudado, lejano y aterrado.

»Esa soy yo. Yo misma. Y apenas si me reconozco, apenas si puedo pensar que yo, Wanda Carter, estoy mirando a... a Wanda Carter. Esa no puede ser Wanda Carter. Esa no puede ser mi misma persona, reflejada en un vidrio. Imposible.

»¿Puede una persona cambiar tanto en tan poco, tiempo? ¿Es tan terrible, tan profundo y demoledor el miedo, el pánico a algo, que uno no sabe siquiera lo que es, pero que presiente, que sabe positivamente que está aquí, muy cerca, al lado de una, muy próximo, casi rozándole en la dimensión sin formas de lo ignorado?

»Evidentemente, sí se cambia tanto. Evidentemente, esa soy yo misma. No puede ser otra. No hay nadie más aquí. Solamente yo. Yo y mi miedo. Yo... y algo que no reflejan los espejos. Algo intangible, pero no por ello menos espantoso...

»Siento cansancio, sueño, sopor. Creo que caerá mi cabeza sobre el papel, si continúo escribiendo. Será mejor que deje esto, que cierre mi agenda, que guarde la pluma y trate de dormir, de descansar, de olvidar...

»Será lo mejor que puedo hacer, es evidente.

»Sí, ya está bien por hoy. Es tontería que piense en esas cosas tan espantosas. No pueden suceder. ¿Por qué habrían de querer hacerme daño a mí? Todo lo sucedido hasta hoy no puede ser lo que imagino. Si acaso, es pura casualidad. Es un azar, una circunstancia casual.

»El lugar no es tranquilizador, los sucesos son terribles, pero... todo ha de tener una explicación. Absolutamente todo. Incluso aquello que parece no tenerla...

»Ya no puedo soportar más. No quiero escribir más. Ni una sola palabra ya. El cansancio, la fatiga, me vencen. Mi mano se cae, dejando deslizar la pluma; mis ojos se enturbian, se empiezan a cerrar...

»Y esa puerta, naturalmente, no se abre. No puede abrirse.

»Voy a ir a descansar. El sueño es superior a mí, a mi voluntad, a

mi afán de seguir escribiendo y...

»¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es eso cierto?

»¿Es posible lo que he creído oír, sentir o ver, no sé a ciencia cierta aún?

»¿Es que... algo ha girado en la cerradura? ¿Ha chirriado la madera? ¿Ha habido pisadas suaves, cautelosas, al otro lado de la puerta?

»¿Siento, o presiento solamente, una respiración humana, pegada a esas tablas recias, que se ensamblan en una sólida hoja, que me separa del oscuro corredor de la mansión?

»¿Hay alguien... o lo imagino yo?

»Estoy temblando. Estoy aterrorizada, convulsa. Creo que enloqueceré, arrojándome por una de esas ventanas, si el sonido se vuelve a repetir y...

»Se ha repetido.

»Ha vuelto a sonar la puerta. Es un leve crujido. Un chasquido acaso. Madera, metal, no sé.

»Pero sigue el roce. Gira algo en la puerta, en la cerradura tal vez.

»Gira... una llave.

»Una llave.

»¡Oh, Dios, no...!

»Me he puesto a temblar. No habló nadie. Solo yo. Yo he exhalado esa voz, ese leve grito. Yo he expresado mi terror instintivamente, en ese gemido roto, que ha escapado de mis labios convulsos.

»No, Dios mío... Ese es mi deseo. Eso es lo que pido. Con mi voz, con mi gesto, con mi voluntad toda puesta en ese afán.

»Pero no basta. No es suficiente. Hay algo. Algo terrible en todo eso. Estoy segura. Por dos veces oí chirriar la puerta. Por dos veces creí sentir una llave dando vueltas en la cerradura.

»Y yo creí que solo existía una llave, la mía. ¿Lo habré soñado, será pura imaginación?

»No, no es eso. He vuelto a oírlo. Ahora mismo.

»—Es una llave... —balbució en voz alta, estremecida y temblorosa.

»El espejo no refleja ya sino una máscara, una faz lívida, desconocida y convulsa. No puedo ser yo. Pero soy yo, y eso es lo

terrible. Sigo repitiendo, a flor de labio, como en un murmullo patético:

»—Es una llave... Están haciéndola girar despacio... Abren la puerta. La están abriendo ya. Apenas una leve vuelta más y... quienquiera que sea, entrará aquí.

»Ya está ahí.

»Ya dieron la vuelta. La última. El sonido ha sido claro. Estridente, desgarrador. Casi ha roto mis nervios, como si fuese un filo cortándolos en rodajas, brutalmente:

»“¡Chirrrrrriiiiissss!”

»Solo eso. Conozco el ruido. Es el final. El final del giro. Ya pasó la llave. Cayó el pestillo de cierre. Ya está la puerta abierta...

»Me levanto. De mis dedos cayó la pluma. Ya no escribo. Ya no trazo palabras. Es mi mente la que lo hace. Mi mente estremecida, aterrorizada, convulsa. Mi mente, que sufre el pavor tremendo, como un trallazo, como una punta perforadora y terrible...

»Pienso solamente. Pienso, aterrada, retrocedo paso a paso, la vista fija, desorbitada, en esa puerta que va a moverse de un momento a otro, que va a presentarme la terrible faz de la muerte, la máscara terrible de un ser despiadado, para quien el crimen, la violencia, el odio, no significan nada, salvo una tarea implacable a cumplir.

»Ahora soy yo la víctima de turno.

»Yo, Wanda Carter. Yo...

»—¡No, no, por Dios!... —me oigo gemir a mí misma, en una voz que incluso yo desconozco—. No, no es posible...

»Claro que es posible. La puerta se está abriendo. La hoja de pesada madera cede ya, muy lentamente.

»La están empujando... Una mano enguantada asoma, aferrándose al borde de la hoja de madera, empujándola inexorablemente, provocando en mí una delirante, estremecida sensación de horror.

»La puerta ya cede. Fuera, solamente sombras.

»En mi alcoba, la luz de la lámpara de flexo, proyectando un chorro de claridad lechosa sobre la mesa, las hojas de mi agenda, el verde esmeralda de la tinta, mi pluma olvidada...

»Y entre esas sombras, una sombra más, sólida y ominosa. La de un ser de manos enguantadas.

»La de un asesino implacable que viene hacia mí...

»He gritado.

»He gritado ahora, con toda mi voz, desgarradoramente. Ni siquiera tengo la esperanza de que nadie acuda a mi llamada de desesperado auxilio. Eso es lo peor de todo. Nadie, absolutamente nadie vendrá a sacarme de este abismo de pánico, de angustia, de muerte...

»Y las manos enguantadas terminan ya de abrir la puerta. Y la forma oscura, amenazadora, silenciosa y siniestra, de una figura humana desconocida, cuyos perfiles se funden con la sombra, viene a mí. Irresistible. Implacable. Mortal...

»Es él. Sea quien fuere, no sé su nombre, su identidad, sus motivos, sus razones para hacer esta tarea horrible que hace. No sé nada de nada, pero es él. Él... Mi asesino. El asesino de todos los demás...

»El monstruo anónimo y siniestro de Kohlmar Terrace...

»¿Quién?

»No lo sé. Nunca lo supe. No importa ya. Lo sabré pronto. Lo sabré enseguida. Pero eso ya no cuenta. Mi secreto, mi verdad, irá conmigo a la tumba. Conmigo, al valle largo y sin fin de las sombras eternas...

»Ya, ni siquiera tengo ánimos ni fuerzas para nada. Tiemblan mis rodillas, mi cuerpo se estremece, mi ser vibra con un helado espasmo...

»Grito. Sé que grito. Me oigo gritar, pero lejana, débilmente. Ni siquiera parece mi garganta la que emite tales sonidos.

»Luego, la figura se acerca más, más cada vez... Sus manos enguantadas me obsesionan, su rostro a contraluz me aterra...

»De repente, al fin, veo su rostro.

»Lo he visto.

»Sé quién es.

»Emito un grito agudo, terrible, estremecedor.

»Y luego, no puedo hacer más. Caigo; Sé que caigo porque el suelo viene hacia mí, se estrella en mi rostro...

»Después, nada. Oscuridad, silencio, inconsciencia.

«Y muerte.

»Naturalmente, muerte. Porque la muerte es eso: oscuridad, silencio, inconsciencia.

»Es lo último que pienso, antes de no pensar ya en nada...».

(Fin del diario de Wanda Carter.)

* * *

—¿Le parece bien el epitafio?

—Para mi gusto, es excelente. Suena bien. Escuchen, escuchen todos ustedes, por favor...

Le escucharon. Siempre escuchaban a Judd Forbes. Forbes tenía autoridad entre todos ellos. Quizá es porque siempre había tenido autoridad entre todo el mundo. Fuese por lo que fuere, los presentes enmudecieron y miraron atentamente a Judd Forbes.

El hombre del cráneo rapado, de los ojos azules y la nariz de halcón, alzó solemnemente el papel donde acababa de trazar unas grandes letras con rotulador negro. Leyó, casi patético, como un actor dramático, consciente de su público:

«Aquí yace Wanda Carter. Fue hermosa, fiel y honesta. Todos deseamos que la paz eterna sea su justo premio. Descanse en la paz del Altísimo».

Hizo una pausa. Alguien elogió, frívolamente:

—Muy bonito. Muy patético. Muy estremecedor...

Otra voz comentó, más seriamente:

—¿No sería preferible mencionar sus años, sus pocos años, su nacimiento...?

—Oh, es ridículo —rechazó Judd Forbes, malhumorado—. Señor Williams, la idea de poner que la joven señorita Carter tenía solamente veintidós años, que nació en Nueva York y que, además, era novia de un policía, creo que carece de sentido y de auténtico espíritu de fraternidad.

—¿Por qué eso? —se interesó Kim Hedley vivamente.

—Mi querida señorita Hedley —habló paciente Judd Forbes—. Porque no nos importa en absoluto su edad, condición y forma de vida terrena. Es solamente una compañera, una muchacha con quien compartimos este legado, y que acabamos de perderla para siempre, como es obvio señalar. En ese caso, ¿qué mejor que un epitafio sencillo, sentido, emotivo y discreto?

—Estoy de acuerdo con el señor Forbes —palmoteo un poco irrespetuosamente, dado el cariz de la situación, Rachel Harris—. Lo

mejor que se puede hacer por la pobre Wanda, es eso que está ahí escrito. Trasladarlo a una lápida y...

—¿Y qué? —rio burlonamente de repente Laurence Williams—. Después de todo eso, ¿cómo vamos a enterrar a nuestra estimada y recordada señorita Carter?

Siguió un silencio impresionante, denso y erizado de tensión. Todos se miraron entre sí. Incluso Judd Forbes, pese a su autoridad y dominio sobre todos los demás, pareció repentinamente indeciso sobre la cuestión.

—Oh, eso no cuenta —manifestó—. Lo cierto es que ella ha sido aniquilada también. Creo que eso es lo que realmente tiene importancia aquí. Prepararemos esa lápida, y la aplicaremos sobre su tumba, estén seguros.

—¿Y su familia, su prometido, todos los demás? —preguntó Kim Hedley, echándose atrás distraídamente las ondas de su melena rubia, para ver mejor y no tener tapado ninguno de sus bellos ojos verdes—. Deberíamos comunicar a alguien lo que sucede...

—¿Comunicar a alguien? —se escandalizó Judd Forbes—. Señores, por favor, tengan todos un poco de serenidad. Recuerden las cláusulas principales de nuestro compromiso. Ocurra lo que ocurra aquí, no podemos hacer nada por evitarlo, ni debemos advertir a persona alguna o solicitar ayuda de nadie. Lo que haya de suceder, sucederá. Forma parte del legado y sus condiciones. Si no obedeciéramos, al llegar la hora legal de ser herederos... lo perderíamos todo, recuerden.

—Pero es que no se trata solamente de esa muchacha, Wanda Carter —suspiró Laurence Williams—. Otras personas de nuestro grupo han muerto ya violentamente, Forbes...

—Bien, ¿y qué podemos hacer contra eso? —Forbes le miró aguda, glacialmente—. Recuerden lo que les dije: el prometido de Wanda Carter es un policía. Y una de las prohibiciones previas que tenemos, la más rígida tal vez, es la que dice que tratemos de resolver todo problema, por grave que sea, por nosotros mismos. Un policía, una autoridad aquí, requerida por cualquiera de nosotros, hace nulo el testamento de Howard Kohlmar... ¿Quieren ahora, tras saber eso, que llame a ese policía de Nueva York?

El silencio que siguió era expresivo. Por si había dudas, varias cabezas se movieron negativamente. Algunos, como Laurence

Williams o Kim Hedley, la rubia joven, se mantuvieron sencillamente quietos, sin afirmar ni negar nada, pero era obvio que no se les tuvo en cuenta.

De ese modo simple y directo, se rechazó por unanimidad la posible llamada a un policía de Nueva York, que era el prometido de Wanda Carter, la muchacha para quien acababan de componer el epitafio.

El epitafio para la tumba de una mujer asesinada. Algo que el policía de Nueva York no debía saber nunca por medio de ninguno de los allí reunidos.

Algo que nadie iba a preocuparse en referirle, bajo ningún pretexto.

CAPÍTULO II

—Wanda, ¿de veras vas a irte de la ciudad hoy viernes?

—Debo hacerlo, Neil.

—Sí, entiendo eso —Neil Vincent se frotó el mentón, pensativo. Probó un sorbo de su combinado, y estudió pensativamente a la muchacha—. Aun así no me parece bien que lo hagas.

—Lo que no estaría bien es faltar a esa cita, Neil —sonrió ella, animosa—. Parece ser que debemos estar todos presentes, si queremos entrar en posesión de la herencia. No puedo ni debo faltar.

—Sin tú presencia será igual. Los demás se repartirán lo tuyo. No quiero que heredes nada, y menos de un millonario que no significó nada para ti.

—Eso es lo raro, Neil —ella se inclinó, mordiéndose el labio inferior, y probando también su Martini—. Cuando Howard Kohlmar quiso que yo estuviera presente en esa ocasión, es que alguna idea especial tenía.

—Preferiría saber cuál fue la idea en realidad.

—Neil, no puede suceder nada, simplemente porque yo vaya a ese lugar este fin de semana. El domingo por la noche todo habrá terminado.

—Wanda, yo estaré este fin de semana muy lejos de Nueva York, exactamente en Miami Beach, en el asunto de ese industrial y los sabotajes a las industrias que dirige. No podría ir a ayudarte en nada, aunque me lo propusiera. Tendré trabajo quizá hasta mediados de la siguiente semana, Wanda.

—Tampoco te he pedido ayuda —sonrió ella—. Es más, creo que no hace falta, porque el legado especifica que nadie ajeno a la mención allí hecha, puede acudir al lugar de la cita. Ni siquiera un amigo o un esposo, o un novio. Y mucho menos una autoridad.

—¿Una autoridad? Yo no hablo como tal ahora. Soy tu prometido, es todo.

—Pero oficialmente eres un policía. No, eso rompería las normas

del convenio. El albacea testamentario podría desheredarnos a todos.

—¿Eso sería tan grave? —se irritó Neil Vincent—. No quiero una novia rica. Kohlmar era millonario. Por poco que te deje... será mucho. Y todo, ¿por qué? Solamente porque tú eras... su secretaria. De eso hace ya dos años. Es ridículo, Wanda.

—¿Ridículo? Fui una eficiente secretaria y una leal colaboradora. Kohlmar era un hombre raro. Muy raro. No puedes culparle por el hecho de que me nombrara en su legado. De todos modos, no creo que herede mucho. Pero su fortuna personal se elevaba a más de diez millones de dólares. ¿Sería justo privar a sus herederos, a sus familiares, socios y parientes, amigos o empleados fieles, de la parte que él quiso que disfrutasen tras de su muerte?

—Puestas así las cosas... no. Pero tú podrías faltar. No dice nada el testamento de que necesites estar obligatoriamente presente.

—No, no lo dice —suspiró Wanda—. Pero creo que si Kohlmar me citó allí, con los demás, para una ocasión como esta, es porque realmente esperaba y deseaba que yo acudiese, cualquiera que fuese mi circunstancia. Allí donde ahora esté él, se sentiría defraudado por mi renuncia, que sería casi como una deserción. ¿No piensas igual, Neil, querido?

—No, no puedo pensar igual —se enfureció Vincent, irguiendo su elevada figura, atlética pero esbelta, enjuta y nervuda. Sus ojos pardos, oscuros y fríos, se clavaron en ella casi agresivamente. Tenía su enérgico mentón apretado, y el mechón rebelde de cabellos barría su amplia frente—. Ni siquiera sé dónde va a ser esa reunión, Wanda.

—Forma parte de las normas del legado —sonrió Wanda—. No puedo revelarlo.

—¡Al diablo todo eso! —estalló Neil Vincent, irritado de verdad—. ¡Necesito saber dónde estarás exactamente! Si algo sucede, quiero que sepa adónde puedo ir, tratar de ayudarte en lo que sea...

—Lo lamento, cariño —suspiró la joven, sacudiendo su pelirroja cabeza—. No tendrás ese dato. Es estricto secreto. El testamento habla de que nos referiremos siempre a él como «un lugar en el país, donde Howard Kohlmar tuvo uno de sus numerosos hogares». Es todo, Neil. No puedo quebrantar mi juramento de discreción absoluta. De otro modo, pagaría con ser desheredada. Y quizá

pagasen todos entonces. No puedo jugar con sus intereses, con sus derechos.

—Ellos no merecen ninguna atención. Ya sabes lo que son siempre los parientes y deudos del muerdo rico. Buitres que caen revoloteando sobre la carroña. Es el eterno festín, Wanda.

—Yo no pienso así de mí. Quiero creer que los demás, al menos algunos, pensarán de igual modo que yo. Por ellos debo adaptarme a las normas del legado. Es lo justo, Neil.

—¿Y si me necesitas? —preguntó él, tenso.

—No te necesitaré.

—Wanda, no sabes siquiera dónde vas a meterte. Herederos ambiciosos, gente sin escrúpulos... Es peligroso. Muy peligroso. Pueden ser capaces de todo, incluso de hacerte daño, si les llegaras a estorbar en alguno de sus planes. ¿Cómo acudiría yo a tu llamada, cómo podría ayudarte, si ni siquiera sé adónde vas, si a algún punto de este mismo Estado, de otro cualquiera, hacia el norte, sur, este u oeste? Es desesperante saber que te dejo sometida a tu propio albedrío, sin ningún otro apoyo ni posibilidad ninguna de poder ir en tu auxilio.

—Neil, te torturas inútilmente —sonrió ella, acariciando su mejilla, cariñosamente. Le guiñó un ojo, antes de besar sus labios. Después, al separarse, añadió, con voz melosa—: Ve a tu Miami Beach a resolver el asunto que tienes entre manos, y olvídate de mí en este fin de semana, como yo intentaré olvidarme de ti por completo. ¿Convenido, Neil?

—¡Qué remedio...! —suspiró el joven, encogiéndose de hombros. Retuvo en sus manos las de ella, con calor—. Wanda, por favor, trata de ser prudente. No te fíes de nadie...

—Así lo haré, descuida —respondió la joven, riendo—. Pero repito que te estás preocupando de tonterías. ¿Qué puede pasarme a mí allí adonde voy?

—No lo sé. Eso es lo que me inquieta.

—Tonterías, cariño. No va a pasar nada. No correré riesgo alguno. Es, sencillamente, la reunión casi familiar de los beneficiarios de una herencia, en un sitio determinado, elegido previamente por el difunto señor Kohlmar. Eso será todo. ¿Dónde está lo terrible, lo siniestro del asunto?

—Si yo lo supiera...

—No puedes saber nada, porque no hay nada anormal.
¿Convencido, amor mío?

—No, Wanda. En absoluto.

—Sin embargo, yo estoy bien convencida. Todo será pura rutina.
No va a pasar nada de nada, te lo aseguro.

Wanda Carter estaba realmente segura de lo que afirmaba. La suya era una convicción total.

Entonces no podía saber que estaba equivocada por completo, y que los temores de su prometido, Neil Vincent, eran muy fundados.

No podía saberlo, porque la pesadilla aún no había comenzado.

Y cuando comenzó era demasiado tarde.

Demasiado tarde, incluso para pedir ayuda a nadie. Y a Neil Vincent, menos que a ninguna otra persona en este mundo...

* * *

Pisó el acelerador.

Él cuenta-millas subió gradualmente de nivel; cincuenta, sesenta, setenta... Dejó que corriera a setenta y cinco millas por hora.

«Es una buena velocidad para esta carretera», pensó Wanda Carter, con optimismo, en tanto canturreaba entre dientes una tonada de moda, que poco antes oyera en el receptor de radio. Si antes lo había estado escuchando durante el viaje, y ahora lo tenía cerrado, era a causa de la electricidad del ambiente.

La tormenta no tardaría en estallar, a juzgar por el continuo crepitar de las emisoras de radio, cada vez que la electricidad que cargaba la atmósfera de la tarde nubosa del viernes, bochornosa y gris, soltaba un trallazo allá en las alturas, sin ruido de truenos, pero evidentemente con una gran carga estática, a punto de transformarse en formidable aparato tormentoso.

—Es lo único que faltaba en el viaje —comentó para sí Wanda, con animoso sentido del humor, contemplando ceñudo el no menos fruncido ceño del cielo, espesamente cubierto de nubarrones amenazadores.

Nueva York cada vez quedaba más atrás, perdido en la distancia, y la ruta la conducía rápidamente, gracias a la buena marcha de su coche, hacia el punto elegido por el difunto Howard Kohlmar, para reunir a los beneficiarios de su curioso legado.

Todavía le duraba el asombro a Wanda. Asombro por todo lo

que estaba sucediendo en relación con el desaparecido Howard Kohlmar.

Ella había sido, simplemente, secretaria del millonario, más de dos años atrás. Desde entonces no había vuelto a ver a Kohlmar ni suponía que el viejo magnate se pudiera acordar de ella en absoluto. Wanda Carter, para el millonario, sería lógicamente una empleada más, en el orden y turno de sus funcionarias de tantos años.

Sin embargo, he aquí que, inesperadamente, Howard Kohlmar se acordaba de su existencia, y de un modo increíble por lo imprevisto.

Kohlmar la nombraba una de sus beneficiarias, en su legado póstumo, y la emplazaba, como a los demás herederos, a un encuentro o reunión que tendría lugar en un sitio solo de ellos conocido, al que ningún extraño debía de ir acompañándoles o para mezclarse en la reunión prevista. El infringir esa orden, significaba anular automáticamente el testamento.

Este no decía nada sobre la posible intervención de alguien por su propia voluntad, pero nunca requerido por persona alguna, ni invitado por ninguno de los herederos.

Wanda estaba enormemente confusa. El nombre le Howard Kohlmar era demasiado famoso en Nueva York y, sobre todo, en Wall Street. El mundo de las finanzas conocía muy bien al magnate. Su fortuna era grande. Sus cláusulas finales sobre el reparto de sus bienes, imprevisible, ya que la última parte del testamento, aún en poder de sus albaceas, no sería conocida hasta tener reunidos a todos en el sitio previsto en su última voluntad.

Ese sitio era Kohlmar Terrace.

Kohlmar Terrace no era ninguna de sus propiedades habituales ni de los sitios más conocidos por el público. En realidad, se trataba de una propiedad distante bastantes millas de la ciudad de Nueva York, ignorada casi por todo el mundo, salvo por los íntimos de la familia Kohlmar, y situada en un punto muy aislado del Estado.

El difunto había sabido elegir el lugar. Ni periodistas, ni conocidos, ni personas ajenas a la familia, era fácil que conociesen el sitio señalado. Además, tampoco se había mencionado por persona alguna, con lo que el destino secreto de los herederos era un verdadero enigma para cualquier persona. E incluso el testamento en sí, del que se guardaba el mayor secreto posible, en

tanto no se supiera la cuantía de los diversos legados y los beneficiarios a quienes iban destinados.

—¿Será esto posible? —se preguntaba aún Wanda por el camino, viendo desfilas el paisaje a ambos lados de su rápido automóvil, lanzada por la cinta de asfalto, rumbo al sitio convenido—. ¿Cómo pudo pensar Howard Kohlmar precisamente en mí para formar parte de ese grupo privilegiado? No tiene sentido...

No, no tenía mucho sentido, eso era cierto. Parecía como si realmente hubiese hecho el difunto su última excentricidad al morir. Claro que podía permitirse ese lujo; lo sorprendente era que hubiese caído precisamente en el nombre de Wanda Carter, su antigua secretaria.

Wanda podía recordar a Kohlmar sin dificultad. No era un cascarrabias, pero tampoco fue nunca un dechado de amabilidades y de bondad. Más bien era hosco, grave, duro y poco comunicativo con todos, sin hacer distinciones entre amigos, familiares, colaboradores o empleados.

Y ahora, sin embargo...

Sacudió su cabecita pelirroja, Wanda, lanzando un prolongado suspiro. Se hubiera podido pensar en un cuento de hadas, tal era la impresión que sentía al saberse mencionada en un testamento como aquel. Claro que podía formar parte todo de una broma pesada del muerto para inquietar e irritar a sus legítimos herederos y hacerle concebir a ella esperanzas que luego no se cumplieran. Pero eso tampoco tendría mucho sentido, porque Wanda no fue nunca ambiciosa, ella nada pedía ni esperaba para sí, y Kohlmar, entonces, reveló tenerle cierto respeto y consideración, que no hubieran estado acordes en absoluto con la idea de una burla completamente inadecuada.

A medida que se acercaba el momento del encuentro con los demás herederos en el lugar previsto, los nervios e incertidumbre de Wanda iban en aumento, por una lógica razón de inquietud, de curiosidad, de sorpresa mal contenida.

Porque todo aquello, ¿adónde conducía exactamente? ¿En qué iba a desembocar, cuando llegase el instante de leer la parte final y definitiva del testamento de Kohlmar?

Recordó las recomendaciones de Neil Vincent y sonrió. Su mente se desplazó hacia el sur, hacia Miami, adonde Neil estaría volando

ahora, en el cumplimiento de una misión especial de su cargo. ¿Estaría enteramente dedicado Neil a su labor, desde este momento... o se distraería, dividiendo su atención entre Miami Beach y los sabotajes a una industria importante, con lo que pudiera estarle sucediendo a Wanda en el Punto Cero del caso Kohlmar, en el Momento H de la cuestión, y frente al desconocido Factor X?

«Demasiadas incógnitas», pensó, incluso para un policía. Para un policía que, además, prestaba sus servicios en una organización policíaca excepcional y diferente a todas: el *Federal Bureau of Investigación*. El famosísimo, prestigioso FBI del Gobierno de los Estados Unidos. Aquel era el organismo para quien trabajaba como agente Neil Vincent.

¿Sabía eso el viejo zorro de Kohlmar cuando la mencionó en su testamento, citándola para el encuentro en Kohlmar Terrace? ¿Estaba enterado él de sus relaciones con un policía federal?

Si era así, todo tenía aún menos razón de ser. Una de las más importantes cláusulas del testamento extraño del millonario, era precisamente esta: «Ocurra lo que ocurra antes de proceder a la lectura definitiva de mi voluntad, en presencia de todos mis herederos que disfruten de la vida en ese momento, prohíbo terminantemente que persona alguna llame a autoridades o representaciones legales o policiales, expresamente para cualquier asunto relacionado con mi última voluntad. Si así lo hiciera alguien, esa persona quedaría automáticamente descalificada como heredera de mis bienes, pasando estos a engrosar la parte de los demás. Sin embargo, si la autoridad citada interviniese en el asunto por sí sola, sin ser requerida y así se pudiera probar, todo procedería de igual forma que de no haberse presentado nadie».

Autoridades... Kohlmar parecía no desear su intervención en aquel asunto, bajo pretexto alguno. Sin embargo, nombraba heredera suya, o al menos integrante del grupo de herederos, a una mujer que no era familia suya... y que tenía un prometido policía.

«Si pudiera entender de alguna manera a ese hombre... —pensó ella, sacudiendo la cabeza, preocupada—. Siempre fue difícil de comprender el carácter de Howard Kohlmar, pero es evidente que en su hora final todavía fue más lejos de lo habitual».

Aun con la radio del coche cerrada, pudo enterarse perfectamente de la intensidad que alcanzaba la tormenta eléctrica

en las capas atmosféricas, porque súbitamente centelleó frente a ella el fulgor deslumbrante, en zigzaguo cegador, de un rayo que hendía el gris oscuro de los nubarrones.

Casi simultáneamente, descargó un formidable estruendo, rebotando en el paisaje boscoso y solitario, con ensordecedores ecos.

Luego, inmediatamente, comenzó a llover de forma torrencial.

Wanda Carter puso en funcionamiento los limpia-parabrisas. Estos se agitaron mecánicamente, con ritmo monocorde, barriendo el agua del cristal y abriendo huecos con visibilidad.

Wanda se estremeció interiormente, y siguió conduciendo, derecha hacia la zona del temporal.

—Como en los viejos relatos de miedo —musitó para sí, inquieta a su pesar—. Una herencia, un lugar aislado y lejano... y la tormenta. No falta ningún recurso del género... Dios mío, ¿será esto un relato de terror?

Alegremente, ahuyentó esa ridícula idea de sí, y giró el botón de la radio, poniéndola nuevamente en funcionamiento, pese al ruido del temporal en la emisión. La músicaailable se extendió por el interior del automóvil, como el más rotundo mentís a cualquier aprensión infantil que pudiera sentir Wanda Carter.

CAPÍTULO III

El relato de terror continuaba, evidentemente.

Hubo el centelleo de un relámpago, iluminando con tonos cárdenos el paisaje, las cumbres no muy lejanas de los Adirondacks, y el llano boscoso que rodeaba a Kohlmar Terrace.

El estampido del trueno fue rebotando en la distancia, con ecos sordos, rumorosos y siniestros, igual que en los efectos especiales de un viejo film terrorífico.

A su luz, Kohlmar Terrace no tenía nada de inquietante, pero tampoco invitaba alegremente a guarecerse bajo su techo. No por ser un edificio antiguo, que no lo era, sino acaso por su solidez, por la firmeza maciza de su construcción, por el tejado de pizarra gris, empinado y entre los dos torreones de grandes vidrieras de color caramelo, asomada a la campiña del norte del estado de Nueva York.

El camino, ante el automóvil, era un puro barrizal, al partir de la carretera secundaria por la que se había desviado poco después de dejar atrás Albany, la capital del Estado.

Un indicador de caminos señalaba ostensiblemente, sobre madera pintada en blanco, de forma claramente legible:

«KOHLMAR TERRACE WAY.
PRIVATE PLACE. NOT TRASPASE.»

De modo que allí empezaba realmente la propiedad, en el fangoso sendero de difícil tránsito, entre matorrales espesos y árboles de grueso tronco. A partir de allí, no se debía caminar si se era ajeno al lugar.

Tampoco se podía avanzar estando autorizado para ello, pensó Wanda, con cierto sentido del humor. Lo impedía el suelo infernal, blando y desigual, convertido en un lodazal, encharcado y con trampas perfectas para hundir a un automóvil y no dejarlo salir hasta que el suelo estuviera seco por completo. Cosa que, a juzgar

por el estado del cielo, la intensidad del temporal y la cortina de lluvia que arreciaba en su caída, iba a tardar bastante en ocurrir.

Su humor empezó a flaquear en ese momento. No le gustaba en absoluto deambular por un lugar así, bajo el aguacero y sin vehículo. Así, por encima, desde el lugar donde se hallaba, calculaba que había una media milla de distancia hasta el edificio propiamente dicho, y sus cercas en torno a las zonas ajardinadas.

Media milla bajo el agua, era más de lo que ella estaba dispuesta a afrontar para arribar a Kohlmar Terrace. De modo que optó, filosóficamente, por quedarse quieta, sentada ante el volante, observando la edificación, donde no se veía luz alguna aparente, y preguntándose cuándo dejaría de llover, al menos lo suficiente como para arrostrar las inclemencias de la noche, en aquel paraje solitario, alejado de la población más próxima, Gloversville, y posiblemente de cualquier otro sitio habitado, en bastantes millas a la redonda, en una zona montañosa, de rigurosas temperaturas, y pésimas comunicaciones con las grandes carreteras generales del Estado.

Tenía encendida la luz del interior y la de los faros, proyectados contra el paisaje, que dibujaban borrosamente con sus dos chorros de luz, atravesando la cortina de agua violenta e incansable.

Con el tiempo, la batería terminaría por descargarse y dejarla a oscuras, si no hacía funcionar el motor. Esto último consumiría gasolina, y no disponía de mucha reserva en el depósito, aparte el bidón de dos galones que llevaba detrás, como ayuda de emergencia, y que no resolverían tampoco gran cosa, si se alargaba su permanencia en aquel punto. Quedarse a oscuras, con la calefacción enfriada y sin mover el coche de su perfecto cepo de barro, era una idea que no le gustó en absoluto, y le hizo sentir un escalofrío.

—Si al menos pudiera hacer algo práctico, fuese lo que fuese...
—musitó, nerviosa, irritada por lo incómodo de su situación.

Pero daba la impresión de que no. No podía hacer nada, era obvio, salvo esperar allí, dentro del coche... o cruzar a la carrera bajo la lluvia torrencial, hacia Kohlmar Terrace, adonde tal vez hubiera llegado ya alguien, aquel viernes noche, señalado como primer día para la reunión de los herederos en un fin de semana decisivo.

Claro que podía hacer una cosa. Y estaba pensando en ella con creciente insistencia, cada vez menos convencida de seguir adelante; esa cosa era volver atrás. Cambiar de idea, en suma, dar vuelta al coche... y regresar a Nueva York.

Era tentador. El hormigueo de la excitación cosquilleó su cuerpo. Regresar a la ciudad, a su confortable apartamento, era más de lo que podía imaginarse en esos momentos de apuro. Una tentación demasiado grande. Al diablo la posible herencia, al diablo todo.

Encendió un cigarrillo y fumó en silencio. Sus ojos bellos y profundos brillaron en la penumbra del coche, mientras la radio seguía emitiendo, muy tenuemente, músicaailable.

Pensó en Howard Kohlmar. El viejo *tycoon* enriquecido, el hombre macizo, sin fisuras, que llegó a lo más alto empezando en lo más bajo. El clásico *self-made-man* americano. Por algo había contado con ella en su testamento. Ignoraba por qué, pero indudablemente tuvo alguna razón especial para invitarla a la reunión en las proximidades de los Adirondacks.

No podía ni debía defraudarle. No era justo que si el viejo zorro de las finanzas había pensado en ella, en una vulgar y olvidada secretaria, fuese ahora ella quien rechazara la invitación llegada desde el más allá. No; fuera cual fuese el juego de Kohlmar en todo aquello, no merecía tal actitud.

Apretó los labios con energía. No era fácil la solución, pero la adoptó.

—Me quedo —se dijo—. Me quedo, ocurra lo que ocurra.

Fumó con rapidez y nerviosismo. Se inclinó para tirar la ceniza en el cenicero del *tablier*.

Entonces vio el rostro suspendido entre la lluvia, frente al parabrisas. Y lanzó un agudo grito de terror.

* * *

—No grite, por favor, señorita. No voy a hacerle daño alguno...

Se sintió tremendamente en ridículo. Avergonzada, era la palabra. La voz sonaba apacible, calmosa, perfectamente normal. El rostro, ahora con el resto del cuerpo visible, junto al coche, distaba ya mucho de ser tan espantoso como entrevisto antes, a la luz de los faros, lívido y como suspendido en el aire.

No era un hombre tan pálido ni espantoso. Sencillamente, era un hombre de unos cuarenta años o algo menos, cabellos oscuros con canas salpicando sus patillas, largas y cuidadas, y expresión cordial y algo tímida en estos momentos.

Vestía un impermeable negro, brillante. De ahí el efecto del rostro flotando en la oscuridad de la noche, a través de la cortina de agua. Se cubría con un sombrero impermeable, también muy oscuro, y más aún empapado de lluvia como estaba.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó Wanda, dominando su primer sobresalto, y combatiendo del mejor modo posible su azoramiento por tan extemporánea reacción ante el desconocido.

—Mi nombre es Ed Robertson, señorita. Vivo aquí, en esta zona. Cuido Kohlmar Terrace y me ocupo de su mantenimiento.

Respiró ella aliviada. Aquello era lógico e incluso tremendamente razonable. Miró curiosamente al hombre. Era alto, muy alto, esbelto y no mal parecido. Tenía ojos grises, nariz recta y boca de labios delgados y firmes.

—Bueno, al principio me asustó —confesó Wanda, mordiéndose el labio inferior. Después sonrió ampliamente, a través del hueco del cristal de su ventanilla, bajado para que se asomara el hombre—. Tal vez sea el lugar, la noche, la tormenta y todo esto...

—Posiblemente —él también sonrió, y sabía hacerlo de forma agradable. Pero Wanda observó que sus ojos oscuros, fijos y penetrantes, no sonreían con tanta facilidad como su boca—. ¿Qué le ocurre exactamente? ¿Se caló su coche, se quedó sin gasolina, o no puede sacarlo de aquí por culpa del barro?

—Ninguna de las tres cosas —rechazó Wanda—. Lo cierto es que no me atrevo a seguir adelante por miedo a hundirlo irremisiblemente en un hoyo de fango. No me decido a volver a Nueva York y dejar todo esto, y por otro lado, no tengo decisión suficiente como para arrostrar una carrera de media milla bajo la lluvia.

—Entiendo —él soltó una breve carcajada—. Creo que ha obrado razonablemente, de cualquier modo. Si avanzase unas yardas más, no podría sacar su coche en semanas enteras, posiblemente. No tiene otro camino que ir hacia la casa, o volverse a Nueva York. Y aun esto último, contando con que la carretera hacia Gloversville no esté ya interceptada por la crecida del río, y

sea intransitable por el momento...

—Me da usted unos ánimos terribles —suspiró Wanda—. ¿Qué puedo hacer entonces?

—Lo único sensato; vaya hacia a casa. Quedándose aquí, terminará por agotar sus baterías, y quedarse sin luz y sin calefacción.

—Ya lo he pensado. Pero la lluvia...

—¿No trae ninguna prenda impermeable?

—Ninguna —murmuró Wanda, desolada—. No pensé en este temporal...

—Se ve que no vive en el norte del estado —sonrió Ed Robertson, irónico—. Aquí esto ocurre con mucha frecuencia, más de la que fuera de desear. Venga conmigo. Le daré mi impermeable, y es lo suficientemente largo como para cubrirse con él la cabeza y buena parte de su figura, al menos hasta más abajo de las rodillas. ¿Conforme?

—Bueno, eso no estaría tan mal, pero usted...

—No se preocupe por mí. Llevo pantalón de pana y chaqueta de cuero. Puedo guarecerme así de la lluvia. La conduciré yo, si no le molesta. No conociendo bien el camino, podría hundirse en el barrizal.

—Sí, gracias —se estremeció Wanda ante la desagradable idea sugerida por Robertson—. Creo que no me queda sino confiar en usted, y dar las gracias porque haya venido en mi ayuda tan providencialmente. ¿Cree que debo dejar aquí el coche? ¿No interrumpirá la circulación?

—En absoluto. Nadie se atreverá a seguir ni un palmo más adelante. Además, servirá de aviso a los demás cuando lleguen.

—¿Los demás?

—Claro —Ed Robertson la miró, pensativo—. ¿No son ustedes varias personas?

—Oh, sí, claro —enarcó las cejas, preocupada—. ¿Aún no ha venido nadie?

—Usted es la primera, señorita...

—Carter —se apresuró a explicar ella—. Wanda Carter.

—Pues bien, señorita Carter, usted rompe el fuego. Me dijeron que tendría que recibir a nueve personas. Y estoy esperándolas a todas. Debo decirle, si me lo permite, que la embajada inicial que

usted representa, no puede ser más alentadora.

—Gracias —apagó las luces del coche, y sacó las llaves del encendido. Arrugó deliciosamente su ceño y miró a Ed Robertson, que había extraído de su impermeable una potente lámpara eléctrica, con la que lanzó un chorro de luz sobre el coche y el sendero—. ¿Dijo usted... nueve personas?

—Exacto —asintió, sonriente.

—Espere, por favor. Tengo entendido que somos siete herederos en total, los convocados aquí para este fin de semana...

—Sí, eso creo; siete herederos, señorita Carter.

—Usted citó a nueve.

—Bueno, ¿olvida al albacea testamentario del señor Kohlmar? Creo que su nombre es Brooks, Terence Brooks o algo así... De la firma Brooks, Brooks & Brooks.

—Exacto.

—No sé por qué todas las firmas de abogados tienen el nombre repetido varias veces. Es evidente que es una carrera altamente familiar.

—Evidentemente... —Wanda se tocó los labios, pensativa, con la punta de su índice—. Ya tenemos ocho. Y con usted, nueve. ¿Es esa su cuenta?

—No, no —sonrió Robertson—. Yo no me cuento. Siempre ando por aquí. Hablé de nueve invitados.

—Nueve... ¿Y quién es el noveno?

Se encogió de hombros Robertson.

—Tengo tanta idea de ello como usted. Creí que iba a sacarme de dudas...

—Lamento no poder hacerlo. No tengo la menor idea sobre ese noveno personaje desconocido... Pero dejemos eso. Está lloviendo algo menos ahora. Aprovechemos, ¿quiere?

—Desde luego —le tendió su impermeable, y ella se cubrió con él hasta la cabeza, a modo de caperuza, colgando el resto de la brillante prenda negra, hasta algo por debajo de sus rodillas—. Tome mi brazo, señorita Carter. Y camine conmigo, lo más deprisa posible, por los lugares que yo le guíe, sin temor alguno.

—En usted confío —aseguró Wanda, tras cerrar su automóvil y asegurar las puertas y dejar herméticamente ajustadas las ventanillas—. ¡Adelante, Robertson!

Echaron a andar resueltamente hacia el edificio distante, erguido en medio de la campiña oscura y desolada. La cortina de agua sonaba ruidosamente contra la prenda protectora de Wanda y contra el cuero de la chaqueta rural de Ed Robertson, el hombre que cuidaba de la casa de Howard Kohlmar.

Avanzaron con gran celeridad, por el mal estado del terreno enfangado. Salvo dos o tres ocasiones en que Wanda no pudo evitar hundir sus pies en el barro, alcanzaron las proximidades de la finca con relativa facilidad y no demasiados apuros. Miró lastimosamente Wanda sus piernas salpicadas de barro hasta el muslo, que su falda moderna, muy corta, dejaba descubrir de forma generosa, así como los zapatos, lamentablemente rebozados de color chocolate.

—Créame que lo siento, pero no se podía hacer más —afirmó compungido Robertson, deteniéndose junto al muro, ya dentro del jardín descuidado de Kohlmar Terrace—. El camino está casi impracticable ya...

—No se apure por mí —suspiró Wanda—. Estoy mucho mejor de lo que pude haber estado, de hacer yo sola ese trayecto. Gracias por su ayuda, Robertson.

—Por Dios, no diga eso —rechazó él—. Ha sido un placer ayudarla. Ahora, entre usted en la casa. Yo daré las luces generales. El cuarto de control eléctrico, de agua corriente y demás cosas, está ahí, en ese anexo. También están ahí los depósitos de gas para el servicio de cocinas y demás utilidades domésticas. Entre y no se mojará tanto, señorita Carter. La puerta está abierta, y hay una luz de gas para camping en el vestíbulo.

—¿Usted vive aquí con las luces apagadas? —dudó Wanda, con la mano en el pomo de la puerta, y guareciéndose bajo a marquesina de entrada a la residencia.

—No, claro que no —rio él—. Estuve reparando unas luces averiadas, y para manipular sin miedo los cables desconecté la luz. Estará todo en regla enseguida.

Se alejó, hacia un edificio cuadrangular, anexo, de ladrillos rojos oscuros. Entró por una puertecilla metálica, que chirrió larga, quejumbrosamente, a causa del óxido de sus bisagras, cuando ya Wanda Carter empujaba la puerta de entrada a la casa, y se encontraba en una confortable sala de donde partía una escalera en semicírculo hacia la planta alta, con dos puertas corredizas a ambos

lados, y una gran araña de cristal colgando del techo, en su centro. La alfombra era espesa, limpia y de color vino burdeos. El *hall* era realmente amplio y acogedor. Estaba pulcro, cuidado, para ser una casa sin habitar. Eso, sin duda, había que cargarlo favorablemente en la cuenta de Ed Robertson, su providencial amigo de aquella noche.

La luz citada por Robertson brillaba sobre una mesa de fina madera barnizada. Era una de esas lámparas ideales para camping, con una pequeña bombona de gas incorporada. La luz azulada del combustible hizo bailar la sombra enorme de Wanda, proyectada en la pared.

De haber estado sola en la casa, Wanda hubiera sentido miedo o algo muy parecido. Pero la proximidad de Ed Robertson, el hombre que cuidaba el lugar, la confortaba mucho.

Dio unos pasos por la sala, contempló los espejos y las cornucopias en el muro, deteniéndose al pie de la escalera curva, alfombrada en su centro, con una larga pieza color magenta oscuro.

Su mirada se perdió en las sombras insondables de la planta alta, adonde la luz del gas apenas si llegaba en forma de reflejos fantasmales, incapaces de disipar la oscuridad reinante.

—Delicioso lugar —comentó, estremeciéndose—. Con todos reunidos puede que sea incluso agradable, pero lo que es ahora...

Una vez más dio gracias a la presencia confortante y agradable de Ed Robertson. No sabía nada de él, pero era un ser humano, era cortés y agradable, tenía algo que inspiraba confianza, en su gesto o en su mirada, y se hallaba muy cerca de ella en la propiedad de Kohlmar.

Se demostró enseguida. Súbitamente, como en una fastuosa representación teatral, estalló la luz.

Fue cegador el contraste. Wanda, deslumbrada, pestañeó, y tuvo que entornar los ojos para adaptarlos a la radiante claridad que empezó a emitir la gran araña de cristal, los apliques murales, las luces del porche, asomando por las vidrieras laterales que banqueaban la puerta de madera, e incluso las luces de allá arriba, en la planta alta, profusas y bien distribuidas.

Como en un mágico juego, el lugar sombrío, siniestro y extraño, cobró un aire acogedor y grato, en contraste, sobre todo con el fragor de la lluvia allá fuera, y el lejano retumbar de algunos

truenos, encima de las cumbres de los montes Adirondacks.

—Vaya, esto es otra cosa... —musitó Wanda, aliviada.

Y comenzó a recorrerlo todo, olvidándose incluso de sus medias empapadas, sus zapatos sucios de fango, y sus anteriores impresiones poco gratas sobre Kohlmar Terrace y todo lo que le rodeaba.

Asomó a la puerta de la derecha, deslizándola sobre una vía engrasada, metálica, que impidió chirriar a la hoja de madera. Vio un comedor largo, con larga mesa, y sillas tapizadas, alineadas a ambos lados de la misma, así como un butacón en la cabecera, como para presidir un banquete inexistente.

Era el comedor de los invitados, en días especiales, sin duda alguna. Cruzó el vestíbulo. En el lado opuesto, la puerta asomaba a una biblioteca de paredes cubiertas de estanterías repletas de volúmenes. Había también un aparato de radio y tocadiscos de alta fidelidad, un televisor portátil sobre un mueble, y una mesa para jugar al ajedrez, en un amable rincón de la sala, ante una chimenea que parecía realmente rústica, con leños apagados en este momento.

Todo aquello le gustaba más de lo que en principio había llegado a pensar. Quizá tenía más aire confortable y acogedor de lo que la apariencia externa de la propiedad permitía deducir. Eso le agradó, naturalmente. Era mucho mejor que sentirse defraudada o abatida por la visión del interior.

La puerta de la entrada se abrió a sus espaldas. Sin volverse, Wanda habló volublemente:

—¿Sabe una cosa, Robertson? Esto empieza incluso a agradarme, contra lo que yo había pensado en un principio... ¿Va a enseñarme el piso alto, o puedo subir yo a visitarlo?

No contestó Robertson a sus preguntas. Pero el rumor de la lluvia llegaba ruidoso, el tamborileo lejano del trueno también, y una corriente de aire acusaba la puerta abierta a espaldas suyas.

—Robertson, ¿qué le ocurre? —preguntó—. ¿Por qué no contesta?

Wanda se volvió bruscamente, intrigada por el silencio del recién llegado.

Entonces sí emitió un prolongado, terrible grito de espanto. Su cuerpo entero se inmovilizó, sacudido por un helado impacto de

angustia, de pánico, de increíble horror...

El cuerpo se movió hacia ella. El rostro horrendamente ensangrentado, de ojos desorbitados y piel lívida, pareció caer en su dirección, como una visión de pesadilla...

CAPÍTULO IV

—¿Qué le ocurre, Neil?

—¿Eh? —levantó Vincent la cabeza, súbitamente sobresaltado—. Oh, nada, nada, señor. Sencillamente, pensaba. Estaba abstraído.

—Ya lo he notado —habló secamente el inspector Shelby Christopher, de la oficina federal de investigación en Florida—. Le estaba hablando de Dogherty y sus industrias saboteadas últimamente... y usted parecía en las nubes, Neil.

—Lo lamento de veras, señor. No me di cuenta de lo que hacía...

—Neil, ¿le ocurre algo?

—¿Ocurrirme? No, inspector, nada. ¿Por qué había de ser así?

—Usted lo sabrá, muchacho —suspirió Christopher, preocupado. Condujo el largo automóvil azul, descapotable, hacia la larga línea dorada de Miami Beach, entre palmeras, hoteles de lujo y lugares de recreo para millonarios—. Lo cierto es que desde que ha llegado de Nueva York para hacerse cargo de este asunto, le noto como ausente, preocupado por alguna cosa de la que no quiere hablar...

—No es exactamente eso, señor. Solo pensaba...

—¿En qué o en quién?

—En... en una mujer —sonrió con aire culpable Vincent.

—Debí imaginarlo. Al menos es sincero. No trata de buscar subterfugios. ¿Qué clase de mujer, Vincent?

—Una encantadora. Se llama Wanda Carter. Es mi prometida. Nos casaremos este año.

—Vaya... Le felicito. ¿No puede pasarse sin ella una semana, tal vez? —indicó irónico el inspector.

—No se trata de eso, señor. Me preocupa, eso es todo.

—¿Por qué motivo? ¿Está enferma?

—No, no. Es... la herencia.

—¿La herencia? ¿Ella hereda algo?

—Eso parece.

—Ya veo. Usted no quiere que la chica tenga dinero. Prefiero ser usted quien mantenga el hogar, ¿no?

—Aparte de eso, es una herencia extraña.

—¿Extraña? —profundamente interesado ahora, Shelby Christopher parecía incluso haber olvidado el motivo de su excursión a Miami Beach, desde la oficina, federal en Tampa, la capital del estado de Florida—. No entiendo...

—Ha sido convocada para una reunión especial de herederos de un hombre muy rico, recientemente fallecido. Pero ella ni siquiera es pariente de él.

—¿No? Vaya, eso sí que es raro. Pero es un modo como otro cualquiera de que la suerte llame a la puerta. ¿Algún agradecimiento personal a su prometida?

—Puede ser, pero ella no recuerda haber hecho nada en beneficio del difunto. Fue su secretaria hace tiempo, eso es todo. No parece motivo suficiente para heredar nada.

—No me dirá que siente celos...

—No, no —rio Vincent, haciendo un ademán—. ¡Qué disparate... Lo que ocurre, señor, es que no entiendo por qué pensaron en ella. Y no me gusta que vaya durante tres días a un lugar desconocido, donde ni siquiera puedo estar yo.

—Debe calmarse. No parece que vaya a acecharla peligro alguno, ¿no?

—No, claro. Es... Es una corazonada, un presentimiento. Llámelo como quiera, inspector, pero no me siento tranquilo. Temo por ella, la verdad. Temo mucho por ella, es lo cierto. La gente se vuelve perversa cuando hay tanto dinero por medio. Y el hecho de ignorar dónde se efectúa esa reunión...

—¿Cómo? ¿Ella no se lo ha dicho?

—No pudo hacerlo. Es estricto secreto. Una condición del testamento de Howard Kohlmar.

—Howard Kohlmar... —repitió con un silbido el inspector Christopher—. ¡Cielos!

—Sí, señor. De él se trata.

—Un millonario conocido, prestigioso... —reflexionó Shelby Christopher—. También aquí, en Florida, tiene propiedades, yates, cosas de esas... Y negocios, según creo. Sí, venía con cierta frecuencia a Florida, en los inviernos crudos de Nueva York.

—Pues desde luego, el lugar elegido para la reunión no creo que esté precisamente en Florida, señor.

—Podríamos averiguar eso, si realmente siente tanta preocupación por su prometida, Vincent.

—¿Averiguar qué?

—Las propiedades de ese hombre cuáles son exactamente y dónde están situadas. Hay que suponer que, si él desea una reunión secreta, estrictamente confidencial, no habrá elegido sus más conocidos lugares, sino aquellos que la gente menos conozca. Un punto aislado, alejado de sitios habitados, pongamos por caso.

—Sí, inspector. Es obvio que eso haría una persona que no quisiera ver alterada la naturaleza de su secreta reunión... Pero ¿cuál puede ser ese sitio?

—Mire, Vincent, voy a pedirle un favor. Usted ocúpese del caso Dogherty, que es el que tenemos entre manos ahora, y en el que el propio Hoover tiene personal interés por dejarlo resuelto. A cambio de eso, si me promete no preocuparse más por su prometida, yo le garantizo que nuestra oficina en Tampa se ocupará de averiguar cuáles son las propiedades de Kohlmar en los diversos estados, con detalles especiales sobre las más aisladas y distantes, así como menos conocidas por la gente. ¿Conforme? Eso posiblemente nos lleve a algún sitio, y pueda establecer entonces comunicación con su novia, sin que ella rompa las condiciones de la herencia.

—Gracias, señor —suspiró Vincent, algo más risueño—. Perdone que me haya distraído por ese motivo. Sé que no debo hacerlo. Soy un agente y estoy cumpliendo una misión. Procuraré no olvidarlo en lo sucesivo al margen de problemas íntimos.

—No tiene que disculparse, Neil —sonrió a su vez Shelby Christopher, algo más amable con su subordinado que en un principio—. Es humano lo que a usted le sucede. Y, ciertamente, tal como usted dijo, esa herencia resulta sumamente rara...

—Muy rara, señor. Es lo que me preocupa. ¿Qué encontrará Wanda en el lugar en donde ahora pueda hallarse? Me gustaría saberlo, inspector.

—Bueno, después de todo, no creo que vaya a encontrarse con nada horrible ni inquietante. En una novela de intriga, por ejemplo, una herencia de ese tipo se trataría con profusión de elementos terroríficos, y quizá incluso con algún cadáver estremecedor. Pero esto no es una novela, Vincent. Es la vida real, y en ella no suceden las cosas que uno imagina por exceso de fantasía. Comprenderá que,

en estos momentos, su prometida no va a estar en un lúgubre caserón ante el cadáver de un hombre asesinado, pongamos por caso...

—No, claro que no —rio Neil, con gesto risueño—. Eso no me ha pasado por la mente, desde luego... ¡Qué disparate! Un hombre asesinado...

* * *

Un hombre asesinado.

Asesinado...

No, no era ningún disparate. Absolutamente ninguno.

Era una realidad. Una tremenda, insólita, alucinante realidad.

Wanda Carter, demudada, convulsa, pegada al muro, con el horror en su rostro, con los ojos dilatados y la boca crispada, era la viva imagen del pánico, de la angustia, frente al espectáculo terrible y sangriento.

Había caído ya. Sobre el pavimento, junto a la alfombra. El linóleo gris perla del suelo se teñía de manchas rojas espantosas. Sangre. Sangre a borbotones, brotando de las terribles heridas de aquel rostro, de aquel cráneo hendido por algo demoledor y mortal.

Parecía muerto. Estaba muerto. Tenía que estar muerto, se dijo alucinada.

No se movía. No se estremecía siquiera. Y la hendidura tremenda del occipital acusaba un golpe de muerte. Por si fuera poco, había sido golpeado en otros puntos. El objeto, además de contundente, debía ser cortante en algún sitio. Junto a la oreja izquierda, en plena boca, en la mejilla y la frente del hombre, se veían largos tajos sangrantes, que convertían su faz en una espantosa máscara lívida y roja. La sangre trazaba anchos surcos sobre la cara inmóvil, pegada ahora contra el suelo.

Cualquier mujer se hubiera desmayado, sacudida por el horror, por la insoportable angustia y estupor de la escena terrorífica. Ella, no. Wanda era valerosa. Lo había sido siempre. La sangre no le asustaba. Antes de ser secretaria, antes de aprender estenografía y mecanografía e idiomas, había estudiado para enfermera e incluso llegó a practicar en un hospital.

Quizá por eso sabía bien lo que era un hombre con vida, y lo sabía diferenciar de un hombre muerto.

Aquel personaje de pesadilla había entrado tambaleante en la casa, empujando la puerta de la casa, simplemente entornada, para encararse a ella en una demoníaca y fugaz escena que pronto terminó con el tambaleo final, el derrumbamiento de aquel ser, el choque sordo de su cara sangrante contra el suelo, tras la mirada desorbitada de sus ojos clavados en el rostro de Wanda.

Todo eso había durado segundos. Acaso no más de dos en total. Ahora todo había terminado, aunque no el horror de la situación. El hombre estaba muerto.

Era un perfecto desconocido para ella. No, no era Ed Robertson, el hombre que cuidaba de la finca. Era otra persona. Más fornido de cuerpo, más tosco y vulgar, de facciones rudas, que la muerte hizo terribles, sobre todo con el baño de sangre de sus heridas mortíferas.

Wanda no se rehacía fácilmente, pero ya no chillaba siquiera. Notaba su piel helada, la transpiración fría, como un velo húmedo en su rostro y manos. Caminó despacio, rodeando el cadáver, contemplándolo con vivo horror...

Luego, súbitamente, estalló en un ronco sollozo y corrió, corrió hacia la puerta aún abierta de par en par, hacia la lluvia, hacia el porche iluminado, hacia el jardín batido por el aguacero.

Esta vez no le importó nada. Ni mojarse, ni sentir sobre sí el relampagueo entre las nubes oscuras, ni siquiera notar, sus ropas empapadas, sus cabellos chorreando. Corrió como una desesperada hacia el anexo, dejando abierta la puerta de la casa, sintiendo que tenía alas en los pies, aunque le parecía correr tan poco como si esas alas fuesen de puro plomo. Su dirección, naturalmente, era la de la cuadrangular, sólidas edificaciones de rojos ladrillos, donde entrara antes Robertson. La única persona que podía ayudarla. El único ser viviente, tal vez, en mucha distancia a la redonda.

—¡Robertson, Robertson! —jadeó, con gritos convulsos—. ¡Por amor de Dios, venga usted! ¡Robertson, venga, venga enseguida! ¡Ayúdeme, por Dios, o me volveré loca! ¡Robertson, salga, salga pronto de ahí!

Llegó al anexo. Tiró de la puerta metálica, esperando que cediera y se abriese. Se llevó una tremenda sorpresa. La puerta metálica estaba cerrada, fuertemente cerrada y asegurada. No cedió a sus presiones, y Wanda creyó enloquecer.

—¡Abra, abra! —chilló, exasperada, comenzando a martillear violentamente, con ambos puños en la hoja metálica—. ¡Tiene que abrir, Robertson, por lo que más quiera! ¡Salga de ahí, se lo suplico! ¡Oh, es para volverse loca!

Y golpeaba, golpeaba, golpeaba...

Nadie acudió. Nadie respondió. La lluvia se tragaba con su rumor muchos de sus gritos, pero no así el redoble de sus puños desesperados, sobre el hierro de la puerta. Era un estruendo formidable, devastador. Alguien tenía que oírlo. Ed Robertson, estuviese fuera o dentro del anexo, tenía que escucharlo, forzosamente.

Pero nadie acudía. Nadie parecía oír nada. Repentinamente, con vivo terror, Wanda pensó si estaría realmente sola, si, inexplicablemente, se habría ausentado Ed Robertson, dejándola abandonada en aquel lugar de pesadilla.

Repentinamente aterrorizada, corrió sin rumbo fijo, abandonando el anexo, silencioso y hermético, para avanzar bajo la lluvia, de un lado a otro, como enloquecida, chillando sin cesar:

—¡Robertson, vuelva usted! ¡Robertson, vuelva! ¡Tiene que estar ahí, en alguna parte! ¡Tiene que estar en este lugar! ¡No puede haberme dejado abandonada, sola en esta horrible situación! ¡Robertson, por amor de Dios! ¿Es que nadie me escucha, es que nadie va a venir a ayudarme...?

No, nadie la escuchaba. Nadie venía a ayudarla. Nadie había alrededor, nadie respondía a sus llamadas de angustia.

Nada ni nadie. Ni un ruido, salvo la lluvia, el tamborileo del trueno en los Adirondacks... Y allí dentro, en aquel rectángulo de luz que podía ser amable y acogedor, en la entrada a la casa... la muerte.

La muerte, en forma de un hombre. Un hombre abatido a golpes brutales. Un hombre asesinado salvaje, despiadadamente...

Su mente enloquecida por el miedo, adoptó una súbita decisión. La idea cobró forma en su cerebro. Y echó a correr, ahora con rumbo fijo, ahora con más rapidez, con más exasperación que nunca.

Huía.

Huía de Kohlmar Terrace. Huía del miedo, del horror, de la muerte, del crimen, de la soledad.

Definitivamente, se retiraba del juego. Abandonaba la partida, aun antes de iniciada esta. No podía soportarlo. Era superior a sus fuerzas, a su voluntad. Hasta entonces, todo habían sido aprensiones, temores vanos, inquietudes infantiles...

Esto de ahora era diferente. Muy diferente. Esto de ahora era la muerte. Era el peligro, era la sangre de un ser humano, derramada de forma brutal, violenta, increíble, ante sus propios y alucinados ojos.

Esto no podía soportarlo ya. Era superior a cualquier otro sentimiento. No había mujer en el mundo lo bastante audaz, con la suficiente sangre fría como para permanecer un momento más en aquel paraje maldito.

Por eso Wanda huía. Por eso Wanda renunciaba a todo de una vez.

Se alejó más y más. Penetró en la helada, lluviosa oscuridad, sin temor a nada ya, solo con su miedo a lo que quedaba atrás, a la casa solitaria bajo la lluvia, el temporal y las sombras de la noche.

Espoleada por su instinto, corría, corría, hundiendo sus piernas en el fango, perdiendo incluso un zapato primero y otro más tarde, al sepultarse las piernas en aquel espeso barro. Tropezó dos veces, se sujetó a los arbustos otras tantas, sin preocuparse de los arañosos y de los cortes que se producía en manos y cara con las ramas hostiles, violentas como látigos o como espeluznantes seres vivos que se opusieran a su fuga.

Cayó una vez, pero el barro no era muy profundo. Aun así, se incorporó con la falda empapada, con sus muslos cubiertos de pastoso limo, con la blusa desgarrada, y salpicaduras de fango en sus juveniles pechos, desprendido a medias el corpiño por un lado, dejando asomar la tibieza firme y rotunda de sus senos enhiestos.

Nada importaba Desnuda por completo, hubiese corrido de igual modo, sin preocuparle quién pudiera verla. Eso es lo que ella quería, lo que más anhelaba. Que alguien, quienquiera que fuese, la pudiera ver, que encontrase a algún ser vivo, a alguna persona en su camino, fuese Ed Robertson, el guardián de Kohlmar Terrace, o cualquier otro...

De repente, la idea le asaltó glacial, y casi la hizo caer. Alguien, cualquier otro... No, cualquier otro, no. Alguien amigo, alguien dispuesto a ayudarla, no un hombre que podía surgir de la

oscuridad, que podía recogerla en sus brazos, rodearla, con lo que parecería un abrazo protector... que podría ser mortal.

Porque ese alguien podría ser... el asesino.

El mismo monstruo que descargó los golpes de muerte sobre el desconocido. Fuera ese ser quien fuese, estaría cerca de la casa, no lejos de ella, acaso acechándola, siniestro y maligno, desde la oscuridad, riéndose de sus terrores, burlándose de su fuga, jugando con ella como el gato lo hace con el ratón antes de engullirlo cruelmente.

Su pánico era ya irrefrenable. No sabía qué hacer. Pero estaba corriendo aún. Corriendo a campo través... Allá, en la distancia, vio un bulto. Un automóvil en el camino. Inmóvil, abandonado Su coche. Su ocasión de huir de modo decisivo, su escapatoria, de regreso a Nueva York, a la seguridad, a la propia vida...

Corrió con mayor energía que nunca, acercándose al bulto quieto del automóvil, que era como una masa negra, oscura, en la oscuridad impenetrable de la noche borrascosa.

Llegó cerca de, él, jadeando, estremecida, sin aliento, convulsa, demudada. Estiró los brazos, patética, buscando tocar el metal de su coche sentir el frío contacto, nunca tan deseado y tan confortante, de la carrocería de su automóvil...

Y en vez de eso, súbitamente... una figura humana se irguió ante ella, unos brazos la envolvieron, unas manos enguantadas rodearon su cuerpo, oprimiéndola con energía, casi con violencia...

Alzó el rostro, horrorizada. No vio siquiera rostro alguno. Solo la silueta oscura de un hombre surgido de la oscuridad, de la noche. Un ser que la retuvo contra él, aferrándola con energía, inmovilizándola...

Wanda gritó, gritó desgarradoramente, forcejeó inútilmente por desprenderse de aquel siniestro abrazo...

Y esta vez, sí.

Esta vez no supo soportar ya más.

Se desplomó. Perdió la consciencia, y su cuerpo colgó flácido de los brazos del desconocido surgido ante ella en plena noche, junto al automóvil, agazapado sin duda hasta ese momento tras el vehículo, para retenerla e impedirle huir.

CAPÍTULO V

Desenfundó su automática prestamente.

Aguzó el oído, en tensión completa. Sus dedos se cerraban en torno a la culata fría y pavonada de la «Smith & Wesson» calibre 38, extraída rápidamente de su funda sobaquera.

Caminó de ese modo, alerta y prevenido, junto a los grandes depósitos de la central industrial. Sus pisadas sobre el suelo eran suaves, amortiguadas. El calzado de goma impedía que produjese el menor sonido. Además, aplicaba toda su cautela a cada movimiento y cada gesto.

Neil Vincent apretó los labios, al detenerse junto a uno de los grandes tanques de combustible de la planta industrial del Centro Dogherty, de Coral Gables. Mantuvo todos sus sentidos pendientes de cualquier ruido, por leve que este fuese. Sabía que no estaba solo en la planta. Ni siquiera a solas con los guardianes armados dispersos por la propiedad industrial de Mike Dogherty.

Allí, en la oscuridad de la cálida noche de Florida, había alguien más. Un hombre dispuesto a todo.

Un saboteador, un enemigo de la nación, de las gentes honradas. Un peligro vivo para la industria y para las vidas humanas que defendían a esta.

Al fin había hallado la pista que buscaba. Más aprisa de lo que ninguno de ellos pudo imaginar en ningún momento. Ahora sabía que en alguna parte de la zona acotada, reservada para la industria de interés militar que Dogherty financiaba en aquella zona aislada de Florida, se hallaba el saboteador, el peligroso adversario que habían ido a combatir.

Esa noche precisamente, él y el inspector Christopher montaban guardia en el lugar, armados y a punto para cualquier cosa.

Habían cenado con Dogherty y su hijo Spencer, que era quien llevaba los asuntos de la industria en ausencia de su padre. Ahora, ambos estaban allí, para exponer al FBI la realidad de los hechos acaecidos en su planta de reserva de combustibles para los centros

de energía de la gran fábrica.

Ya eran seis los sabotajes cometidos, y siempre tenían lugar precedidos de un mensaje, un aviso anónimo, que llegaba advirtiendo a los Dogherty de la proximidad de otro ataque a su negocio. Esos ataques, por regla general, paralizaban el trabajo, al consistir en voladuras de maquinaria, incendios en los grandes tanques de reserva, y cosas parecidas. Las averías llevaban luego largo tiempo de reparar, y gran parte de la industria bélica encargada por el Gobierno de Estados Unidos a través del Pentágono, se perdía lamentablemente, en momentos en que Vietnam y otros puntos de fricción del mundo necesitaban de esos recursos que la industria oficial y privada del país podía prestar a sus fuerzas armadas. El sabotaje era un delito federal muy grave incluso en tiempo de paz, como ahora era legalmente pese a que, en la realidad, ese legalismo no pasa de ser utópico, ya que guerras diversas y difíciles eran sostenidas por Estados Unidos en ciertos lugares del mundo.

Neil Vincent sabía cuán importante era para la seguridad nacional aquel caso, y que dependía de él, uno de los más expertos agentes especiales de las nuevas promociones, descubrir lo que se ocultaba tras los locos actos de violencia del misterioso saboteador de Florida.

Algunos otros industriales de los que vendían su producción al Ejército habían sufrido igualmente atentados criminales, pero Dogherty, acaso por se: el primer industrial de la zona, era quien había sufrido, asimismo, los ataques más virulentos y continuados.

—Si ustedes no dan con el culpable antes de que intente otra cosa, es posible que la próxima remesa que hemos de hacer urgentemente a Saigón no pueda salir de aquí en meses, con el consiguiente trastorno para nuestros soldados y jefes de operaciones en el sudeste de Asia —había dicho Dogherty sénior con tono grave, mostrándoles el último mensaje anónimo del saboteador.

Neil y el inspector Christopher habían leído aquel texto breve y amenazador, escrito a máquina en papel vulgar:

«Dogherty: Otra vez sufrirá las consecuencias de su labor en pro de la guerra y de quienes hacen la guerra. El mundo no vivirá en paz hasta que todos los que son

como usted caigan y sus industrias sean aniquiladas».

—Parece un fanático pacifista —había comentado Shelby Christopher, pensativo, ante el texto recién leído.

Spencer Dogherty, el joven de la familia, hijo de Mike Dogherty, había asentido con un preocupado movimiento de cabeza.

—Es lo que siempre pensé yo, a la vista de sus acciones —corroboró—. Hay mucha gente rara hoy en día, que se confunde entre el pacifismo y una forma de violencia tan condenable como la que tratan de combatir ellos. Indudablemente, se tratará de un maníaco, de un loco. Pero en cualquier caso, de una persona muy peligrosa.

—¿Cuándo recibieron el anónimo? —había sido la pregunta de Vincent.

—Ayer, señor Vincent —respondió Dogherty *junior*.

—Cuando reciben otros anónimos semejantes, ¿cuánto acostumbra a tardar el atentado criminal en producirse?

—Habitualmente, el mismo día de recepción de la misiva... o al siguiente —explicó el padre, mordiéndose el labio pensativamente.

—Bien. Eso quiere decir que esta noche o mañana... el saboteador entrará en la zona industrial.

—Me temo que sí —fue la respuesta del industrial.

Y así se había montado la vigilancia en la amplia extensión destinada a depósitos de combustible y largas tuberías que conducían ese combustible a las máquinas y calderas en constante movimiento. La industria de Dogherty trabajaba día y noche, para suministrar al Pentágono todo el material que este solicitaba con urgencia, dado el desgaste sufrido en el sudeste de Asia.

Ahora, la espera se hacía tensa. Cada vez más tensa y difícil. En constante alerta los dos agentes federales, lo mismo que otros agentes dispersos por el exterior. Vincent presentía que el saboteador no andaba lejos de allí. Por otro lado, temía que las cosas no fuesen tan fáciles, ni mucho menos.

Todavía tuvo tiempo de preocuparse por algo que no fuera el peligroso saboteador de Florida, y el negocio industrial de Dogherty. Pensó en Wanda, en la herencia extraña de Howard Kohlmar...

¿Qué estaría sucediendo ahora allá, en alguna parte del país,

donde ella y otros seis herederos, parientes todos de Kohlmar, excepto Wanda Carter esperaban la lectura definitiva del testamento, en un fin de semana que culminaría con el conocimiento de la última voluntad real de Kohlmar, en la noche del domingo?

Recordó la promesa del inspector Christopher. Tal vez sería cierto que se preocuparía de buscar el paradero de Wanda, a través de los informes sobre propiedades poco conocidas de Kohlmar; pero aun así, Neil no se sentía tranquilo aún.

Si al menos apareciera aquel maldito saboteador, si pudiera echarle mano, capturarlo, y terminar con el caso... Entonces podría volver a Nueva York, indagar, buscar el paradero de ella. Y se reuniría con Wanda, fuera como fuese, aunque ella quedara desheredada por ello.

Pero la noche avanzaba. Era ya cerca de la madrugada, y nada sucedía entre las grandes formas metálicas, color aluminio, y las hileras de tubos de conducción de combustibles hacia los centros de energía motriz.

El saboteador no aparecía. Dogherty y sus hombres armados sabían su situación, por lo que no era fácil que les confundieran a él o a Christopher con el peligroso individuo de los anónimos.

Pero lo cierto es que nadie, hasta ahora, había acudido a la cita señalada. La noche avanzaba implacable.

Si llegaba el final de la misma sin ocurrir nada, al día siguiente, vuelta a empezar, esperando al adversario anónimo. Un día más perdido. Y así, solo Dios sabía, cuántos.

No le gustaba eso a Neil Vincent. Pero no podía hacer otra cosa. Su misión era aquella, no proteger a una muchacha, por bonita que fuese y por profundos que fuesen sus sentimientos hacia ella. Eso no contaba para el FBI. No podía contar, en modo alguno, cuando un asunto de interés nacional estaba en juego.

—¿Por qué diablos tuvo que coincidir todo esto? —masculló, furioso—. Si al menos hubiera venido a Florida la semana próxima, o la anterior. Pero tuvo que ser precisamente ahora, este fin de semana...

No cabían lamentaciones tampoco. Eso no cambiaría las cosas. Se decidió a moverse un poco más hacia la parte oscura, que corría paralela junto a los altos muros electrificados en sus cables

espinosos de arriba. Difícil obstáculo para cualquiera. Pero hasta ahora no había parecido eficaz contra el saboteador misterioso.

Evidentemente, esta vez tampoco sirvió de nada.

Neil tuvo de repente la intuición de que algo andaba mal. Fue solo un reflejo vago, un presentimiento o cosa parecida, porque no había captado ruido alguno ni señal sospechosa de ningún género.

Pero lo cierto es que trató de volverse vivamente, sin saber a ciencia cierta por qué motivo.

No pudo hacerlo.

Una sombra emergió tras él, entre el intrincado cruce de barras metálicas del soporte de un gran depósito de aceite lubricante. Cuando Neil giró su cabeza y su brazo armado era tarde.

La silueta del hombre de largo sobretodo oscuro, sombrero y rostro enmascarado por una tela negra, con dos orificios para los ojos, estaba ante él. Y una mano enguantada descargó un mazazo formidable contra la sien y el pómulo del federal, con un objeto contundente, acaso la culata de un revólver.

—¡Lo siento, Vincent! —sonó su voz ahogada, al golpear.

Neil Vincent se desplomó de bruces, sin un solo gemido, perdida la noción de cuanto le rodeaba y sin poder siquiera oprimir el gatillo de su arma automática.

Una risita burlona escapó de los labios ocultos por la máscara negra del agresor.

—Y ahora, a encender fuegos de artificio... en honor de un federal —masculló una voz ronca—. Espero que ardas como yesca entre estos depósitos de combustible...

La mano enguantada surgió de nuevo, bajo las ropas, con un objeto cilíndrico provisto de una corta mecha. Encendió el cartucho y lo situó a poca distancia de Neil Vincent. Luego, se alejó a la carrera, perdiéndose en la oscuridad, justamente por los puntos donde ni un guardián armado ni un agente federal montaban guardia.

Neil Vincent a menos de diez yardas del cartucho, cuya llama chisporroteaba ya en el extremo de la corta mecha, yacía inconsciente, sangrando por una brecha en su pómulo, bien ajeno a la muerte segura que le esperaba en un infierno de combustibles inflamados...

—¿Se encuentra mejor ya?

Despegó los párpados. No, no era posible que le estuvieran preguntando a ella, con aquel tono suave, amable y cordial.

Tal vez soñaba. Cerró los ojos con fuerza. Un dulce, hermoso e imposible sueño.

No podía estar viva, ilesa, sin riesgo alguno. Había caído en poder de un asesino, en plena noche, lejos de la casa donde un cadáver yacía ensangrentado. Despertar ahora, bajo gratas y correctas preguntas, no tendría sentido.

—Vamos, señorita, ¿de veras no se encuentra ya mejor?

Sin embargo, ahí estaba. La voz viril, fuerte, confortante. Preguntas suaves, alentadoras, amistosas.

Logró despegar sus párpados y clavar la vista en lo que le rodeaba. De momento, no supo nada de nada, ni entendió nada.

Estaba en un lugar desconocido. Un dormitorio confortable, cálido, con buena luz. Y el hombre...

El hombre estaba allí. Sentado frente a ella. A los pies de la cama. Con gesto preocupado en su rostro nervudo y enjuto. Mojado, ligeramente despeinado su cabello muy canoso. Brillantes y agudos los ojos oscuros.

—Vaya, parece que al fin se decide a volver en sí —comentó, risueño—. ¿No siente nada especial? ¿Dolor, alguna molestia?

Ella asimiló lentamente esas preguntas. Luego, meneó la cabeza, con calma.

—No, nada —aseguró—. Ninguna molestia, señor. Nada de nada, palabra... Creo... Creo que estoy bien.

—Me alegro. Al principio me asustó usted tanto...

Wanda Carter le contempló, sin fiarse demasiado en él. Preguntó, hosca:

—¿Usted... usted estaba cerca de... de mi automóvil, agazapado junto a él, cuando... yo llegué hasta allí?

—Yo estaba agazapado, sí, pero no junto a su automóvil, sino al lado del mío —rectificó, riendo—. Señorita, si usted se llama Wanda Carter, vi su coche algo más lejos, en el sendero. No parecía tan atascado como el mío. Fui un estúpido al hundirme en el barro con el vehículo.

—¡Oh! ¿Usted... usted me recogió... junto a su coche? —preguntó Wanda, aturdida.

—Exacto. Usted, en la oscuridad, debió confundirme, y cruzó a campo traviesa hasta donde he dejado yo mi coche varado en el fango. Espero que cuando este temporal pase, pueda recuperarlo de allí...

—Cielos, qué torpe... —repentinamente, se irguió, desconfiada, temerosa. Le miró fijamente—. Por cierto, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Laurence. Laurence Williams, exactamente. Soy sobrino segundo de tío Howard Kohlmar. Uno de sus herederos. Como usted, señorita Carter... pero con lazo familiar.

Parecía haber un impreciso reproche en su voz, como si ella tuviera alguna culpa de que el viejo Kohlmar se hubiese acordado de ella a la hora de redactar su legado.

—De modo que ya llegó uno... —suspiró Wanda, aliviada.

—Pues parece que llegamos dos —rió Williams, irónico. La miró fijamente, con curiosidad—. Oiga, señorita Carter, empiezo a comprender a tío Howard.

—¿Qué quiere decir?

—Nada que pueda extrañarle. Todos nos hemos preguntado por qué diablos tuvo que acordarse tío Howard de... de una simple secretaria para legarle algo. Ahora lo entiendo. Es usted muy bonita, muy atractiva...

—¿Qué es lo que está usted insinuando? —se irguió altivamente Wanda.

—Vamos, vamos, no se haga de nuevas —Laurence la contempló con cierto cinismo—. Tío Howard era un hombre de buen gusto. Se fijó en usted y luego compensó su fidelidad, recordándola cuando escribió su...

—Señor Williams —cortó ella, glacialmente—, creo que está sugiriendo algo vergonzoso, y debo obligarle a que pida disculpas por ello. Yo soy una mujer honesta, y lo fui siempre. Cuando era secretaria de su tío tenía yo muy poca edad. Entré a su servicio con dieciocho años sin cumplir, y me fui cuando tenía veinte. Comprenderá que él era como un abuelo, pero nada más. Un jefe respetuoso, serio y digno. Creo que, desgraciadamente, usted no heredó nada de eso junto con el lazo de consanguinidad, señor Williams.

Anonadado, Laurence la contempló absorto. Pareció darse cuenta de su error, porque enrojeció de repente, cosa que no daba

la impresión de ser habitual en él.

—Señorita Carter, debo presentarle mis excusas —dijo, solemne—. Perdone, por favor. La juzgué erróneamente, llevado por su apariencia tan atractiva. He sido muy torpe.

—Mucho —afirmó ella, tajante. Luego, miró a su alrededor, con curiosidad—. ¿Dónde me ha metido usted, señor Williams, al recogerme en el campo?

—¿Dónde, si no, salvo en la propia casa de tío Howard? —sonrió Laurence Williams—. Está usted en Kohlmar Terrace.

—¡No! —chilló ella, sobresaltada. Se irguió en el lecho, sin importarle el estado de su corpiño y la ausencia de la blusa—. ¡Oh, Dios, no...!

—¿Qué le pasa ahora? —se asombró Williams—. ¿No le gusta este sitio?

—No, no... Cielos, es horrible...

—No hay otro en bastante distancia, y tengo el coche atascado. ¿Qué quería que hiciera? ¿Qué cruzara los Adirondacks con usted en brazos, para buscar un sitio mejor? ¿Qué tiene contra esta propiedad?

—Es... ¿es que no entiende? —dilató mucho sus ojos Wanda—. Se trata de aquello...

—¿Y... qué mil diablos es «aquello»? —se pasmó Williams.

—Por favor, ¿es que no se da cuenta de nada? Hablo de... de lo de abajo. De ese hombre horrible... Del cadáver...

—¿Cadáver? —el estupor se reflejaba inmensamente en la cara de Williams—. Perdone, pero no entiendo una sola palabra de nada.

—¿Es que se ha vuelto loco, o pretende volverme a mí? —gritó Wanda, exaltada—. ¡Hablo de ese hombre que yace abajo, en la entrada, en el mismo vestíbulo! ¡El de la cara sangrante, el del cráneo hundido a golpes! ¡Ese hombre que fue asesinado casi ante mis ojos! ¿Lo entiende de una vez? ¡Asesinado! El que está tendido en el *hall*, sobre un charco de sangre...

Wanda creyó enloquecer. La cara de Williams revelaba un estupor que parecía legítimo, una desorientación total y una incredulidad como la que produce hablar con un orate. En los ojos oscuros del hombre asomaba una luz de sorpresa, de pasmo auténtico.

—No... No sé lo que dice —habló, roncamente—. Abajo no hay

nadie, naturalmente. No hay nada en el vestíbulo. ¿Cree que estoy ciego? ¿O me toma por un imbécil, señorita Carter?

Era exasperante, enloquecedor. Wanda sintió deseos de chillar, de mesarse los cabellos, pero eso no conduciría naturalmente a nada. Solo a que él la tomara todavía más por una loca sin remedio.

En vez de una reacción desquiciada de ese tipo, optó por la solución más directa y activa. Saltó de la cama, sin importarle en absoluto que su cuerpo se mostrase agresivamente a ojos del hombre. Después de todo, él no había dudado en despojarla de su falda empapada, que ahora aparecía sobre el respaldo de una silla, frente a un hogar con leños encendidos. Wanda se encontró, por toda ropa sobre su cuerpo, con el ligero, el slip, el corpiño y una brevísima, muy corta combinación de nylon, que llegaba por más arriba de medio muslo.

—No es posible —musitó—. Usted no puede mentirme en eso... No crea que voy a desmayarme de nuevo. Soy más fuerte que todo ello. Vamos abajo.

—Pero, señorita Carter, ¿para qué? Es mejor que siga ahí dentro, al calor —evitó mirar demasiado audazmente sus formas, ostensibles ahora, desde los senos juveniles y erguidos, hasta las caderas bien torneadas y las nalgas respingonas—. No debe moverse de la cama por el momento...

—Déjeme en paz. Voy a bajar al vestíbulo ahora mismo. Venga conmigo. Y no trate de evitarlo.

—Creo que lo más prudente sería que no bajase y...

—Gracias por su interés en mí, señor Williams —habló ella, sarcástica—. Pero bajaré, le guste o no. Usted puede quedarse, si gusta.

—Está bien —resopló—. Vamos allá, si es su gusto. Pero es mejor que se cubra algo. Tome esto. Puede coger frío...

Se quitó su americana, poniéndola sobre los hombros de Wanda. Ella se arrebujo bajo la amplia prenda masculina, que llegaba hasta sus rodillas casi, y corrió con paso menudo y rápido, descalza como estaba, hacia la salida de la habitación.

Laurence Williams la siguió, perplejo y taciturno. Bajó presurosa la escalera, al llegar al final del corredor. Giró esta en su curva, hacia el *hall*. Pudo ver toda la amplitud de este desde mitad de la escalera.

Se detuvo con un gemido.

—¡Oh, no!... —murmuró—. No puede ser...

Abajo, sobre el linóleo o la alfombra, no había nada ni nadie. Ni rastro del cadáver.

Ni siquiera rastro de la sangre derramada sobre el pavimento. Nada.

Giró la cabeza, pálida y furiosa.

—¿Por qué lo hizo? —acusó, rudamente.

—¿Por qué hice... qué? —se interesó Williams, pestañeando.

—No se haga el tonto, sabe muy bien lo que estoy diciéndole. ¿Por qué se preocupó en quitar de ahí el cuerpo y lavar las manchas de sangre del linóleo? Es un delito. Está ocultando pruebas. Era un asesinato.

Laurence Williams la contemplaba absorto. En su gesto parecía haber la duda sobre el equilibrio mental de ella. O era un actor notable, o realmente sentía lo que demostraba en su expresión facial.

—Señorita, ya le dije que no debía bajar usted ahora, y...

—¡Señor Williams! —casi gritó ella—. ¡Yo le acuso de destruir pruebas de un asesinato y ocultar un cadáver! Si lo hizo para no impresionarme a mí o a los que puedan venir esta noche aquí, le diré que está en un error, y que nuestra obligación ahora es avisar a la policía inmediatamente, aunque el testamento de su tío Howard se vaya al infierno de una vez por todas. No hay herencia que valga más que la vida de un hombre. Y yo vi morir a ese hombre ante mí, horriblemente golpeado, bañado en sangre...

Se cubrió el rostro con ambas manos, se dejó caer en el escalón, encogida sobre sí misma, sollozando amarga, histéricamente. Laurence Williams, en pie, se quedó mirándola con enorme estupor, con una desorientación total y evidente.

—Pero... pero ¿a qué se refiere? —gimió él—. Yo no oculté nada de nada. Cuando llegué aquí, con usted en brazos, todo estaba como ahora lo ve. No podía estar de otro modo, señorita Carter. Evidentemente, sufrió usted un mal sueño, una pesadilla... Aquí no pudo haber muerto alguno. No tiene sentido todo eso, compéndalo...

Wanda dejó de llorar. Levantó la cabeza. Miró a Williams con estupor, pero también con miedo. Miedo a lo desconocido, miedo a

sí misma, miedo a lo que parecía no existir más allá de su imaginación, de su propia mente.

—No... No puedo haberlo imaginado —susurró—. Ni eso... ni todo lo demás, Williams... Yo vi a ese hombre ante mí, aún con vida. Luego, cayó en el *hall*, muerto... Lo dejé allí, sobre su sangre, y escapé como si me persiguiera el mismísimo diablo... ¡Tiene que creermelo, tiene que creer que es la verdad; no me mire de ese modo, como si me creyera loca!

—No la creo loca —meneó él enérgicamente la cabeza—. Sencillamente, creo que está algo conmocionada, quizá por verse sometida a alguna impresión poco agradable. Tal vez la soledad de este lugar sin habitantes, acaso el edificio, el hecho de esperar esa herencia tan extraña, el viaje bajo el temporal... Este sitio es intranquilizador, no puede sorprenderme que a usted le asuste.

—No, no... —gimió ella—. No es eso, no es eso. ¿Es que no quiere creermelo? Además... esto no estaba solitario cuando yo llegué. Estaba él, me atendió muy amable...

—¿Él?

—Sí. Luego, desapareció. No sé a dónde iría... ¿No le ha visto usted volver?

—¿Ver? ¿A quién, señorita Carter?

—A ese hombre, el que está encargado de cuidar esto...

—¿Cuidar esto?

—Sí... Ed Robertson, el guardián de la finca... ¿No le conoce?

Laurence Williams meneó negativamente la cabeza. Confesó, con voz grave:

—Conozco muchas cosas de los asuntos de tío Howard y sus propiedades. Puedo asegurarle que Kohlmar Terrace no tuvo jamás guardián alguno.

—¿Qué? —casi chilló ella—. Pero si yo le vi, si habló conmigo, si dio la luz de la casa, que había quitado previamente, para reparar la instalación... Era él, Ed Robertson...

—Aquí nunca hubo persona alguna que no fuese un Kohlmar o un pariente. No oí hablar jamás de Ed Robertson alguno. Cuando usted llegó a esta casa, aquí no podía haber nadie, señorita Carter.

Era más de lo que podía soportar ya. Wanda estalló súbitamente en llanto. Fueron los suyos sollozos desgarradores, histéricos. Y entre ellos intercala gritos, voces desesperadas, furiosas:

—¡Miente, miente usted! ¡Está mintiendo en todo! ¡Sin duda asesinó usted a ese hombre desaparecido! ¡Usted me engaña, usted, falsea las cosas! ¡Tal vez ni siquiera es Laurence Williams, como ha dicho ser!

Su llanto continuó. En la pausa que siguió a sus acusaciones, la voz que respondió era femenina, y llegó de abajo, del vestíbulo de la casa:

—Señorita, él sí es Laurence Williams... Y, desde luego, aquí jamás hubo ningún Ed Robertson, ni ningún hombre al cuidado de Kohlmar Terrace... ¿No es cierto, querida Kim?

—Cierto, Susan —afirmó otra voz de mujer—. Bien cierto todo...

Asustada, con sobresalto, Wanda abrió mucho los ojos. Miró hacia abajo, a puerta de la casa.

Vio allí a dos mujeres, flanqueando a un solo hombre, bajito, gordo y adiposo, de cráneo brillante y cabellos lacios peinados de lado a lado, para simular la calva.

Traían maletines, venían empapados de agua los tres. Reconoció a dos de ellos, al hombre gordo y a la mujer alta, morena, que hablara en primer lugar: eran George y Susan Kohlmar, el hijo y la nuera del viejo Kohlmar.

—La rubia es Kim Hedley, ahijada predilecta de tío Howard —sonrió tristemente Williams, inclinándose hacia la demudada Wanda—. Supongo que conoce ya a los otros dos... ¿Se da cuenta ahora de que no la he mentado en absoluto, cuando le dije que, nunca existió un Ed Robertson aquí? Pues le doy mi palabra sobre lo demás; tampoco mentí al decirle que todo estaba tal como lo ve ahora, al llegar con usted en brazos a esta casa. Si alguna vez hubo de verdad un cadáver... ha desaparecido. Y con él, toda esa sangre que usted citó.

CAPÍTULO VI

El sexto invitado llegó cosa de media hora más tarde.

Era Judd Forbes, el hombre de nariz halconada, ojos muy azules y cráneo totalmente rapado. Judd Forbes, socio industrial de Kohlmar en sus negocios y estrecho colaborador suyo en cuantas iniciativas comerciales llevaba a cabo.

Tampoco tardó mucho en llegar Terence Brooks, de Brooks, Brooks & Brooks, con oficina notarial y de abogacía en la calle Cuarenta y Siete.

—Ya solo falta por presentarse aquí Rachel Harris —dijo Forbes, cuando pasó lista a los presentes.

—Cierto —asintió George Kohlmar vivamente—. Rachel Harris, la prima segunda de tío Howard y uno de sus parientes preferidos. Entonces estaremos todos y se podrá iniciar el verdadero fin de semana en esta casa.

—En esta horrible y solitaria casa —rectificó fríamente Kim Hedley, sacudiendo su rubia cabecita con aire malhumorado—. ¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre, tío George?

Le llamaba «tío», aunque no existía parentesco alguno. Solamente era ahijada del difunto Kohlmar. Pero, sin embargo, se sentía como miembro de la familia. Susan Kohlmar le dirigió a Kim una ojeada de soslayo, bastante hostil y agresiva, pero no dijo nada en absoluto.

—Debo recordarles a todos que si la señorita Harris llegase más tarde de las doce de esta noche, perdería automáticamente su derecho a ser heredera de la fortuna de su primo Howard en la cuantía que señale el testamento. Es indispensable condición convivir aquí todos ustedes, los siete miembros nombrados en el legado, desde las doce de la noche de hoy, viernes, hasta las doce de la noche del domingo al lunes. Entonces; terminará el plazo requerido por el difunto señor Kohlmar para dar por válidos sus derechos a la herencia.

—Son solamente las diez y cuarto —suspiró Judd Forbes—. No

creo que ella se demore más de lo estipulado, aunque tenga que venir en helicóptero.

—No caería semejante breva, mi querido Forbes —terció Laurence Williams—. Ella no faltará a la cita, estoy seguro. A las doce estaremos bajo el mismo techo en amorosa y fraternal compañía, los siete beneficiarios y el señor Brooks. Los ocho, dispuestos a vivir aquí estos horribles días obligados.

—Los ocho... —era Wanda Carter quien habló en voz baja, apagada, medrosa—. No, no.

—¿Qué le ocurre a usted ahora? —suspiró, malhumorado, Williams.

—No seremos ocho... sino nueve.

—¿Nueve? —masculló George Kohlmar—. ¿Quién dice tal cosa?

—Lo dijo Ed Robertson, lo recuerdo bien. Nueve invitados, aparte él mismo...

—Otra vez el dichoso Robertson —Kim Hedley avanzó hacia Wanda resueltamente—. ¿Cuándo comprenderás de una vez, criatura, que Ed Robertson no existe sino en tu imaginación? Nadie cuidó de esto nunca ni nunca conocimos a un Robertson. Si él no existe, no puede haber tampoco nada cierto sobre nueve invitados. ¿Qué objeto tendría un noveno personaje entre nosotros? Solo hay siete herederos y un albacea testamentario, el señor Brooks.

—No sé... —se encogió Wanda de hombros—. Tal vez era el hombre asesinado... o tal vez el asesino...

Todos se miraron entre sí. Sacudieron la cabeza con pesimismo. Acremente, habló Susan Kohlmar:

—Lástima que este lugar esté tan aislado. Creo que esa jovencita necesita un psiquiatra urgentemente.

Wanda alzó la cabeza, mirándola airadamente. Su voz sonó como un pistoletazo:

—Gracias por su interés en mí, señora —habló, tajante—. No estoy loca, si es eso lo que quiso decir, con aires protectores. Pueden creer lo que quieran. Si quieren impugnar mi parte en esa herencia, alegando que no estoy en mis plenas facultades mentales, hagan lo que les parezca. Pero vi y hablé a Ed Robertson tan claramente como ahora lo hago con ustedes. También vi entrar al hombre de los ojos desorbitados, con la cabeza hundida y la cara sangrante. Murió ante mí. Lo que haya sucedido luego, no medo

saberlo. Tal vez Williams lo sepa, o tal vez no. Pero no he sufrido alucinaciones, ni pesadillas, ni obsesiones de ningún tipo. Dije la verdad, eso es todo.

Y, airadamente, cruzó la sala, cerrando la puerta tras de sí, con energía.

Hubo un silencio tras su ausencia. Los seis personajes reunidos se miraron entre sí, pensativamente.

—Nueve invitados... ¡Bah! —masculló Judd Forbes, encogiéndose de hombros—. Y un hombre que no existe, y un cadáver que se evapora, con sangre y todo... Tonterías de esa chica. No está normal, decididamente. ¿Qué opina usted, señor Brooks?

Terence Brooks, albacea testamentario, se evadió, diplomático:

—No sé nada. Una demencia transitoria o una obsesión no incapacitan a nadie para percibir su parte en un legado, si es eso lo que les preocupa...

Siguió otro silencio molesto. De repente, una voz sobresaltó a todos:

—¿Han visto este comedor? —fue la pregunta.

Todos se volvieron, mirando, a quien había hablado. Se trataba de Laurence Williams, cuyos ojos penetrantes se habían fijado de repente en la larga mesa con mantel, en las sillas tapizadas y en el butacón situado a la cabecera de la mesa.

—Bien, claro que lo hemos visto —se irritó George Kohlmar—. ¿Qué tiene de particular para ti, Laurence?

—No lo había observado hasta ahora —dijo Williams, frotándose el mentón—. Vean las sillas. Cuatro a cada lado de la mesa. Son ocho en total... Y el butacón que preside la mesa... hace el noveno asiento. Sitio para nueve en la mesa. ¿Significará eso algo?

El silencio esta vez se podía cortar con un cuchillo, tan espeso parecía ser. Cayó sobre ellos como una pesada losa invisible.

—Cielos... —murmuró Kim Hedley, impresionada—. Es cierto...

Y se retiró de la larga mesa, como si esta estuviese cubierta de una serie de reptiles venenosos que pudieran lanzarse sobre ella para picarla mortalmente...

Allá afuera sonó un ruido de pasos precipitados. Todos caminaron hacia la salida. Asomaron al *hall*.

Se encontraron cara a cara con ella. La dama les miró, risueña, agitando una mano, en tanto mantenía la otra ocupada con su

maletín de aluminio forrado de piel, plano y liviano.

—¿Decepcionados? —sonrió, burlona—. Seguro que ya imaginaban ser solo seis a repartir... Pero, como verán, me sobra hora y media de tiempo. ¿Verdad, señor Brooks?

—Verdad, señorita Harris —asintió el albacea, inclinándose cortés, y consultando su reloj de pulsera, que confrontó con el de pared, que desgranaba musicalmente su ritmo en un rincón del comedor—. Llegó usted con tiempo sobrado. Sea bien venida a Kohlmar Terrace.

—Gracias —sonrió Rachel Harris, inclinando su platinada cabeza en una ceremonia burlona. Los rasgados ojos exóticos brillaron maliciosos en su faz bronceada, que tanto contrastaba con el color plata de su bien cuidado cabello. Su figura exuberante, de curvas generosas y acentuadas, se llenó, al parecer, de insultante agresividad cuando añadió, clavando sus ojos en los demás—: Seguro que solamente usted me da la bienvenida sinceramente, señor Brooks. Los otros, gustosamente quisieran verme muerta. Y alguno de ellos, incluso sería capaz de asesinarme, si con ello obtuviese más dinero en su parte...

En aquel momento, allá arriba, un grito largo, desgarrador, estremeció el ámbito silencioso de la casa.

Era un grito de mujer, cuajado de terror, de angustia.

—¡Wanda Carter! —gritó roncamente Laurence Williams—. ¡Otra vez ella!

Y corrió, desesperadamente, escaleras arriba, como si acudiese en ayuda de la muchacha asustada.

* * *

Abrió los ojos.

Miró en torno suyo, indeciso, vacilante, lleno de confusión.

La noche, la oscuridad, las formas enormes, color aluminio, sobre su cabeza...

Todo aquello carecía de sentido... ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido?

Ah, sí, ya podía recordar... Miami Beach, la planta industrial, los Dogherty, el saboteador...

¡El saboteador!

La idea penetró hasta el fondo de su cerebro. Se irguió de un

salto. Miró ante sí, con estupor, hacia donde estaba algo chisporroteante, algo trágico, a punto de reventar en un estallido de muerte...

Dinamita...

La explosión inflamaría todo violentamente. Se rodearía súbitamente de un mar de llamas, de un horror candente e irresistible...

Trató de hacer algo, de evitar lo inevitable. Era tarde. Demasiado tarde. El cartucho consumía ya su breve mecha de lento proceso. Lo suficientemente lento para dar tiempo a su manipulador para huir, para alejarse lo suficiente...

Neil Vincent no podía hacer nada. Se inclinó. Sus dedos oprimieron el cartucho. Lo alzó sobre su cabeza. Un último chisporroteo débil anunciaba ya la llegada de la chispa al fulminante.

Lanzó cuan lejos le fue posible el cartucho encendido, que no era posible apagar ya. Y se precipitó con toda celeridad a una rampa cercana que conducía a los accesos subterráneos a los conductos de combustibles...

La explosión atronó la noche. Una llamarada violenta restalló entre los grandes bidones plateados. Un fragor horrible subió a los cielos, y la llamarada reventó en otras mil llamas enormes, voraces, que agrietaban el metal de algunos recipientes. Saltó el aceite lubricante, el petróleo, la gasolina, alcanzado todo por la onda explosiva y el fuego.

La gran factoría industrial Dogherty se iluminó con la luz del más bárbaro y radiante día. Un día de cien soles llameantes brotando, rugientes, de los depósitos enormes de combustible...

Y dentro de aquel pavoroso cerco de fuego, un hombre, Neil Vincent, parecía haber sido engullido por ese infierno dantesco y alucinante que inundaba la noche de luz cárdena resplandeciente.

Las sirenas de alarma aullaron en la oscuridad. El personal de emergencia, los servicios de extinción, entraron en acción inmediata para terminar con el azote del fuego criminal.

Neil Vincent, del FBI, continuó sin aparecer.

Poco después, tras batir todos los puntos adonde las llamas no llegaban aún, el inspector Shelby Christopher llegó a la desagradable, dolorosa conclusión:

—Señores Dogherty —dijo al industrial y a su hijo—, me temo que hemos sufrido una importante baja en el nuevo atentado contra su industria... Neil Vincent ha desaparecido en la zona del siniestro. Tengo razones para suponer que murió en el sabotaje...

Se interrumpió al llegar una llamada telefónica, que atendió.

—Oficina Federal en Tampa, inspector Christopher —habló uno de sus hombres—. Tenemos los datos sobre las propiedades solitarias y distantes de Howard Kohlmar que la gente menos conoce. Una es Kohlmar Terrace, en el norte del estado de Nueva York; otra es Kohlmar Manor, en Massachusetts, y la tercera se trata de...

—Está bien, gracias —cortó cansadamente Christopher—. No se molesten más en averiguar todo eso. Ya no tiene objeto. Neil Vincent ha desaparecido. Creo que se le puede dar por muerto...

* * *

Mike Dogherty suspiró, contemplando el amanecer nuboso sobre su factoría, enteramente velada por el espeso humo del combustible inflamado. En algunos puntos todavía ardían los depósitos, contra lo que luchaban brigadas de bomberos y personal especializado.

—Las pérdidas han sido terribles esta vez, Spencer —dijo a su hijo, con dolor—. En Vietnam tardarán en obtener el material que precisaban con tanta urgencia. Al menos en medio año, no podremos servir nada al Pentágono... Pero con ser grave todo eso, la mayor pérdida de esta noche ha sido la vida de ese hombre...

—El federal Vincent —afirmó el joven Dogherty, despacio, con expresión taciturna—. Pobre Vincent... No es justo que hombres como ellos mueran de ese modo, padre...

—No, no es justo —aseguró Dogherty *senior*, con ira difícilmente dominada—. No tiene perdón el asesino que cometió este horror. Ningún perdón, Spencer. Porque si en realidad odia la guerra, no es este el medio de luchar contra ella. Por combatir la violencia, apela a ella. Para evitar que mueran unos, mata a otros. Es tan criminal como aquellos a quienes pretende herir, en su falso y erróneo pacifismo de demente desorientado y sin conciencia.

—Si al menos supiéramos quién es él... —suspiró el joven Spencer Dogherty.

—Sí, hijo. Si supiera quién es, te aseguro que no me importaría

lo que pudieran hacerle. Nada en absoluto, fuese quien fuere. Su crimen es demasiado horrible para merecer ningún perdón.

Salió con gravedad de la estancia, y sus pasos se perdieron escaleras arriba, hacia su dormitorio. Abajo, en el gabinete de la mansión de los Dogherty, se quedó solo el joven Spencer, reflexionando sombríamente sobre los sucesos de aquella noche.

Se acercó a la ventana. Miró a la distancia. El fuego aún centelleaba acá y allá. El humo formaba densos nubarrones sobre la factoría siniestrada. Spencer Dogherty bajó lentamente la cortina de la ventana. Era raro, pero su gesto no reflejaba ahora pesar o disgusto, como en presencia de su padre.

Su mirada brillaba extrañamente, y sus labios tenían una rara, fría mueca que parecía una sonrisa.

—Imbéciles... —murmuró, roncamente—. Ninguno sabéis, ninguno sospecháis... Tengo una misión que cumplir, padre, y tú ni siquiera lo imaginas. No entenderías tampoco. Nadie entiende. El fuego es hermoso y purifica. Purifica todo el mal, todo el odio que siembran los hombres... ¿Qué importa cuántos mueran, si al final se alcanza la paz, esa paz contra la que tú mismo luchas con todas tus fuerzas, padre, produciendo material bélico, creando ingenios para matar?...

Con gesto alucinado, fue hasta un cercano armario. Extrajo una llave del bolsillo. Abrió una gaveta, tras dar dos vueltas a la llave. De su interior sacó una bolsa de material plástico negro, cerrada con cremallera. Sonrió, comprobando su contenido: sobretodo negro, sombrero de anchas alas, guantes, una máscara de tela negra y... cartuchos. Cartuchos de dinamita, con corta mecha.

Rio entre dientes. Se dispuso a cerrar de nuevo la cremallera, con un ronco comentario entre dientes, hablando consigo mismo:

—Ahora, hasta la próxima vez, en que todo esto vuela por los aires, padre... Ya no habrá ni siquiera un federal para evitarlo. Ese Vincent halló la horma de su zapato...

—¿Tú crees, Dogherty?

Lanzó un grito ronco, se volvió en redondo, palideciendo de forma intensa. Contempló con horror al recién aparecido entre las cortinas de una puerta-balcón. Miró el arma que le encañonaba rígidamente.

—Usted... —susurró, lívido—. ¡Vincent!

—Veo que llego oportuno —señaló el bolso de plástico y su contenido—. Con las pruebas en tus manos, jovencito pacifista y criminal...

—Tuvo... tuvo que morir en la explosión. No pudo sobrevivir... —jadeó Dogherty.

—Te aseguro que no soy un fantasma. Más te hubiera valido que fuese como imaginas. Has perdido la partida, y definitivamente, Dogherty. Me hiciste sospechar enseguida. Un hombre joven, un pacifista equivocado, podía ser culpable. Además, quien salvó nuestra vigilancia y llegó hasta mí, derribándome, no podía ser del exterior. Era alguien de dentro que, además, conocía mi nombre, mi emplazamiento... Solamente tu padre y tú sabíais eso. Él no podía ser culpable, no destruiría su propia obra. Eras tú. Tú, el joven rebelde, de ideas nuevas, pero totalmente confusas y erróneas... Si por alguien siento todo esto, es por tu padre.

—¿Cómo... cómo se salvó?

—Pude arrojar a prudencial distancia el cartucho antes de estallar. Luego, me oculté en un sótano, y volví por los conductos del combustible, ahora vacíos. Te estuve espiando desde aquí, comprobando que eras tú el culpable... ¡Quieto, no escapes! ¡No puedes hacerlo! ¡No me obligues a disparar!

Dogherty *junior* no le obedeció. Saltó al exterior, corrió a través de los depósitos, recortada su silueta contra las llamas. Vincent pudo haber disparado a placer. No lo hizo. Esperó, con la vista fija en el fugitivo.

La retiró cuando vio la intención del muchacho, y comprobó que nadie podía evitarlo, ni siquiera él. Le llegó a ver hundirse en la sima llameante de un depósito inflamado. Desapareció como una sombra, envuelto en llamas y chisporroteos...

—¡Dios mío!... —murmuró, inclinando la cabeza—. Para su padre, tal vez esto sea lo mejor, después de todo.

Lentamente, caminó hacia la salida. El asunto en Florida había terminado.

CAPÍTULO VII

—¿Qué le ocurre ahora? ¿Qué es lo que le sucede, señorita Carter?

Wanda balbució, con gesto trémulo, señalando hacia un punto determinado, incapaz de hablar, de decir nada, de pronunciar palabra alguna.

Laurence Williams miró en esa dirección. No vio nada salvo un corredor, una puerta al fondo con cortinajes color grana. Un poco de aire los agitaba suavemente. Corrió a ellos, los apartó...

Había una terraza exterior, una puerta-balcón. Nada más. Asomó a ella. Era una terraza larga, que cubría parte del muro posterior de la casa. Había hiedra cubriendo el muro. Abajo vio la lluvia, batiendo sobre el barro y los arbustos.

—No veo nada —manifestó, volviendo hacia ella con lentitud—. ¿Qué es lo que sucedió exactamente? ¿Qué ha visto usted en esta ocasión, por el amor de Dios?

Ella se rehacía, apoyada en el muro. Logró recuperar el habla, pronunciar unas palabras, muy pocas.

Las que dijo tuvieron la virtud de hacer pegar un respingo a Laurence Williams.

—Era él... Le vi claramente... Era él, mirándome desde esa ventana...

—¿Él? —se asombró Laurence—. ¿Quién? ¿Su inefable Ed Robertson... o el hombre de la cara sangrante? ¿Quién era esta vez, señorita Carter?

—No... No se burle... —gimió ella—. Era él, lo juro. Lo juro mil veces, aunque no lo crea...

—Sí, sí, ¿pero quién?

Ella lo dijo:

—El muerto, Williams... Era el muerto... ¡El propio Howard Kohlmar en persona!...

Laurence Williams, estupefacto, miró a la demudada muchacha, en el límite de su asombro de su desorientación más absoluta.

—¿Qué es lo que dice? —aulló.

—Era él... El hombre que nos ha dejado su herencia... No me creará nunca... pero era él... Me miraba y sonreía... Luego, desapareció de repente...

* * *

—Ahora, Howard Kohlmar... —el sarcasmo asomó a la voz de Judd Forbes—. ¡Vaya, vaya!... De modo que esa fantástica y demente jovencita no solo se inventa un fantástico «señor Robertson», sino que también ve muertos ensangrentados que luego se evaporan... ¡y hasta al difunto señor Kohlmar! ¿No es enternecedor y terrible todo eso?

—Dios mío, solo cabe una explicación lógica a todo esto —terció Rachel Harris—. Esa chica está rematadamente loca, ¿no es cierto?

—Hum, no sé... —sacudió la cabeza con desconcierto Laurence Williams—. En buena lógica, es esa la única explicación razonable. Eso, o que ella sueña terribles pesadillas, que luego mezcla con la realidad, provocándose una confusión aterradora. Pero según creo, la joven vive en Nueva York, es estenógrafa y secretaria, está prometida a un policía...

—¿Un policía? —se estremeció Kim Hedley—. Cielos, si se le ocurre venir, o ella le llama, estamos perdidos. Recuerden el testamento. Todo quedaría anulado en el acto.

—Solamente en la parte que a ella corresponde —rectificó el abogado Brooks—. Siempre que sea ella quien le llame, claro está. Si viene por su voluntad, sin que nadie le haya informado de este lugar y su emplazamiento, el testamento sigue siendo válido. Y si es uno de ustedes quien llama a ese policía para que venga y ella pierda sus derechos, ocurriría lo contrario: sería la persona que lo llamase quien perdiera su parte de modo definitivo.

—Es un testamento para locos —gruñó George Kohlmar—. Ahora comprendo por qué esa chica obtuvo una parte. Ella es la más loca de todos nosotros.

—Esperen un momento —habló con calma Kim Hedley.

—¿Qué hay, Kim? —Susan Kohlmar y los demás se volvieron hacia la joven rubia, de verdes ojos y gesto ingenuo—. ¿Suced algo nuevo?

—Estaba pensando... Lo mismo que antes observamos que había

nueve asientos en la mesa del comedor... se me ocurrió que no sería tampoco una locura, necesariamente, haber visto deambular por esta casa a Howard Kohlmar.

—Eh, ¿eres tú quien te has contagiado ahora de la demencia de esa muchacha? —aulló, asombrado, Judd Forbes—. ¡Ese es el mayor disparate que jamás oí!

—Claro, Kim —aseguró sombríamente George Kohlmar—. Papá ha muerto, eso está fuera de toda duda...

—¿Por qué fuera de dudas? —replicó ella—. ¿Qué sabemos exactamente de la muerte de Howard? Solo lo que nos dijeron nuestros ojos, examinando sus ropas, su calzado, su reloj y su cadena de identificación. E incluso un diente de oro en el lado derecho de su boca. Todo eso lo vimos, lo identificamos. Era lo único que se podía identificar en aquel horrible cuerpo chamuscado, abrasado por el incendio donde pereció, sin salida posible...

—¿A dónde quieres ir a parar con eso? —se impacientó Susan Kohlmar, la nuera del difunto.

—A una posibilidad, remota pero plausible: Y si Howard Kohlmar no murió... y el cadáver era el de otra persona?

—¿Con las ropas de Howard? —replicó Williams, atónito—. ¡Qué disparate, Kim! En cuanto al diente de oro, las pertenencias... ¿Cómo explicar todo eso?

—Cabe una explicación —sostuvo Kim, enérgicamente.

—¿Cuál, preciosa? —rezongó, con mal humor evidente, Judd Forbes, el socio del muerto.

—Todos sabemos cómo era él. Todos sabemos también que alguien le había traicionado una vez, y que él siempre pensó que esa traición nació entre nosotros. Que uno de los que estamos aquí, en suma, cometió la falsedad que arruinó su negocio ilegal, pero enormemente beneficioso para él, del tráfico de piedras preciosas con Sudamérica.

—Eso no tiene sentido —argumentó violentamente Forbes—. Era un negocio clandestino, un delito flagrante. Lo que sucedió es que sorprendieron una de las remesas, y él no pudo explicar satisfactoriamente lo que ocurría. Probaron que tenía que estar enterado de ese contrabando, y pagó por ello. Gracias a su fortuna enorme, pudo obtener una condena de solamente un año de prisión,

y pagó la multa al Fisco, por valor de dos millones de dólares. Pero no creo que hubiera traición alguna en eso...

—Es lo que usted dice, Forbes —replicó vivamente Kim Hedley—. Yo le oí hablar de eso una vez. Juraba y perjuraba que nada tuvo que ver en ese contrabando de piedras preciosas, y que alguien lo hacía a espaldas suyas, o puso las gemas en su cargamento, denunciándolo luego para librarse de él. Estaba seguro de eso. Y una vez le oí decir que...

—¿Qué le oíste decir, Kim? —se interesó vivamente Laurence Williams.

—Que sería capaz de morir gustosamente, si con ello podía alguna vez desenmascarar al verdadero responsable, y este pagaba su crimen merecidamente. No le importaba vivir, en suma. Solo hacer justicia en el malvado que le traicionó, según sus palabras.

—Howard mentía en eso —aseveró Judd, nada caritativo con el muerto—. Howard mentía en muchas cosas, yo lo sé bien. Tal vez quiso echarme encima los perros a mí, pero le salió el tiro por la culata. Nunca pudo nadie probar que yo conociera nada del asunto. En cambio, él estaba hundido hasta el cuello en el asunto.

—¿Sabía usted lo de ese negocio ilegal? —indagó Rachel, dirigiéndose al socio del difunto.

—No, palabra. Lo primero que supe fue por el arresto federal. El viejo zorro estuvo embolsándose millones a mis espaldas, sin hacerme partícipe de beneficios.

—Pero tampoco le metió en la cárcel consigo —recordó secamente la voz de Brooks—. De modo que dese por satisfecho con eso. El contrabando de joyas y gemas preciosas es un delito muy serio ante la ley federal, esté seguro.

—Empiezo a no estar seguro de nada —masculló Forbes, irritado—. ¡Decir Kim Hedley que Howard puede estar vivo todavía... y que planeó todo esto para vengarse, para obligarnos a delatarnos de algo que ninguno hicimos! No tiene sentido, la verdad. Ningún sentido... Es de suponer que tu sugerencia, Kim, llega a la fantástica hipótesis de que Howard se procuró un cadáver similar a él, lo hizo quemar en un incendio provocado... y ahora deambula oculto, vigilando nuestros pasos, burlándose de nosotros y dejándose ver solamente por esa maldita histérica de arriba. ¿Es eso lo que sugieres?

—No es que lo afirme —declaró Kim, aturdida—. Pero tampoco sería imposible...

—¡Es imposible! —aulló George Kohlmar—. Papá ha muerto, no hay la menor duda sobre eso... Ha muerto, y todo lo demás no son sino fantasías, torpezas, locuras sin sentido. ¿Por qué, si no, iba a montarse esta farsa sin objeto? Es evidente que todos estamos empezando a sentirnos contagiados por esa maldita mujer, Wanda Carter, y sus histerismos insoportables. ¿No puede ser avisada una ambulancia, y enviada ella sola a un manicomio o a una clínica psiquiátrica?

—Eso la dejaría fuera de todo derecho —replicó Brooks—. Y nadie tiene suficiente autoridad y razón como para una cosa así.

—Además... no hay forma de salir con ese temporal. Y no existe teléfono.

—¿Cómo? —protestó George—. Hay un teléfono en esta casa, siempre lo hubo...

—Es cierto —asintió Williams—. Pero debe estar averiado por alguna causa, ya que antes lo probé para saber si estábamos realmente aislados de todo el mundo... y ni siquiera funcionó o estableció comunicación alguna.

—De modo que estamos aislados aquí... —sentenció Rachel Harris, preocupada—. Aislados totalmente del exterior...

—Algo así —convino Williams—. Menos mal que la despensa está bien surtida, y que hay en casa todo lo necesario para sobrevivir estos días. ¿Quién se ocupó de esos detalles?

—Yo, caballeros —aseguró Terence Brooks—. Hice venir a dos asistentas que limpiaron la casa, y a una mujer que portó cuanto necesitábamos para tres fechas aquí sin movernos.

—Ya. De modo que no hubo ningún Ed Robertson.

—¿Aún lo cree? —se escandalizó Forbes, mirando con asombro a Williams—. Evidentemente, todos empezamos a sentirnos bastante trastornados, si estamos ya aceptando cosas absurdas como plausibles.

—Solamente una prueba podría demostrar que Wanda Carter no ve visiones ni está loca —apuntó Kim, pensativa.

—¿Cuál? —se enfadó Susan Kohlmar—. ¿Qué nueva tontería se te está ocurriendo, querida?

—No es ninguna tontería. Bastaría que... que en alguna parte de

la casa halláramos el cuerpo ensangrentado de aquel hombre que ella vio... para que todo fuese cierto, absolutamente cierto.

—¿El cuerpo del asesinado? —aulló Forbes—. ¡Cielos, qué locura! Eso sí que no hay persona alguna que lo crea. ¿Por qué iba a haber un crimen aquí? ¿Quién sería ese desconocido ser asesinado, y quién su asesino? ¿Qué móviles provocarían una muerte violenta en esta casa antes de llegar nosotros?

—Demasiadas preguntas —suspiró Laurence—. Kim, creo que todos los demás tienen razón. Es demasiado fantástico todo. Debemos aceptar lo lógico, no lo absurdo. Y lógica, solamente hay una explicación, amigos míos: Howard Kohlmar murió en el incendio, nos ha nombrado sus herederos en este excéntrico juego cruel, y sin duda espera a que nos despedacemos mutuamente por obtener más beneficio. Esa joven padece algún tipo de histerismo o de alucinaciones, y ha creído ver cosas que no existían, llevada por una crisis nerviosa a la que acaso no sea ajena esta casa y su ambiente. Creo que todo eso, escuetamente, refleja muy bien el orden de cosas que se han producido aquí.

—En efecto, parece lo más plausible —asintió Forbes—. Acepto el razonamiento.

—También yo —suspiró Brooks.

Nadie más dijo nada. Era obvio que el matrimonio Kohlmar pensaba igual, y que solamente Rachel y Kim ponían en duda todo eso, aunque no lo comentaran.

—Todos conformes —habló, al fin, Laurence Williams. Bostezó, y luego dibujó una sonrisa irónica—. Señores, creo que debemos pensar en la cena ya. Se hizo muy tarde y, con todos estos problemas, ni siquiera hemos tomado bocado aún.

—Es una idea excelente —asintió, con vivacidad, Forbes—. Son ya más de las doce... y ni siquiera hemos cenado. Propongo que pasemos al comedor. Y que alguien suba a esa muchacha algún bocado. No podemos olvidarla, por muy enferma que esté mentalmente o a causa de una neurosis.

—Sí, así se hará. Además, yo sé poner inyecciones —sonrió Kim—. Tengo unos calmantes en mi botiquín. Le aplicaré alguno, y ella dormirá esta noche apaciblemente.

No se discutió más el asunto. Rachel y Susan se dirigieron a la cocina. Forbes torció el gesto, con sarcasmo, mientras pasaba con

los demás al comedor.

—Mientras esas chicas no envenenen nuestras raciones para tocar a más el domingo...

Su lúgubre broma no hizo reír a nadie. Pero él sí rio entre dientes, con malignidad, como si aquello resultara sumamente divertido.

* * *

El despertar fue agradable.

Lo único realmente agradable desde que llegara a Kohlmar Terrace.

Miró por la ventana. Seguía lloviendo y el cielo aparecía densamente nublado, pero al menos era de día, y se veían las formas del paisaje, nada agradable ni hospitalario, desde luego.

Se sentía bastante mejor que la noche antes. Hasta el punto de que, echando la vista atrás, con un leve escalofrío, Wanda se preguntó si no habría soñado realmente todo aquello, o lo imaginó, en un delirio inquietante y atroz.

Tras una larga reflexión, sacudió negativa, desesperanzadamente, su pelirroja cabeza.

—No, no puede ser —se dijo en voz alta—. No soñé. No imaginé nada. Vi y hablé a Ed Robertson. Vi al hombre sangrante, le vi caer, le vi muerto a mis pies... Luego, arriba, vi entre las cortinas el rostro de Howard Kohlmar. Era él. Lo vi. Pálido, enjuto, sarcástico, extraño y penetrante...

Era horrible. Cerró los ojos. Aun así, podía evocar fácilmente la faz del hombre sin vida, entrevisto de modo alucinante tras un cortinaje. ¿Qué importaba lo demás? ¿Qué podía preocuparle a ella que los demás no la creyeran, que pensaran que estaba loca? Solo aquella joven rubia, menuda, de ojos verdes, creía, al parecer, en sus palabras. Era Kim, Kim Hedley, la ahijada de Kohlmar...

¿Creía realmente en ella, o solamente la compadecía? ¿O era una chica imaginativa, que gustaba de las cosas fantásticas e imposibles?

—Oh, Dios mío, enloqueceré, si no me muevo de aquí hasta mañana por la noche —pensó, en voz alta también, recordando que solo era sábado por la mañana, y tenía ante sí todo el día del sábado, todo el domingo, hasta las doce, hasta la hora en que el

testamento definiría de modo decisivo a los herederos y la cuantía de su fortuna.

Pero Howard Kohlmar... ¿estaba muerto? ¿Vivía?

Un muerto paseando por los corredores era demasiado espantoso para imaginarlo. Un hombre vivo, oculto en los cortinajes, espiando divertido el juego montado por él, el escenario y los personajes de una farsa inaudita... Sí, encajaba en su modo de ser, en su psicología de siempre.

Solo que él... había muerto. Oficialmente, al menos.

Wanda evocó los sucesos. El incendio, tal como lo leyera en los diarios y lo viera en un reportaje filmado para la televisión. La hacienda de Kohlmar en Nueva York... pasto de las llamas, inexplicablemente. Se había llegado a pensar en sabotaje, en un incendio premeditado, intencionado... Luego, todo se silenció.

¿Alguien intentó matar realmente a Kohlmar en su vivienda, entre las llamas? ¿Lo hizo él mismo y cambió el cuerpo, ocultándose y dejando un cadáver irreconocible entre las pavesas, aunque con ropas suyas y objetos de su propiedad?

Wanda se sintió ahogada por todas esas suposiciones, por esas encontradas teorías, por esos disparatados pensamientos.

—No, no... No debo pensar más en eso... —gimió, roncamente—. O enloqueceré, o me veré envuelta en el torbellino del delirio...

Saltó de la cama. No podía soportar más aquel encierro, aquel reposo. El calmante de la noche antes, administrado por Kim Hedley, le había sentado bien, eso sí. No quería más calmantes ni más cama, sin embargo. No quería ser tratada como una demente, como una pobre enferma...

—Oh, Dios, si al menos pudiera probarles algo, demostrar que no vi alucinaciones de ningún género... —susurró, apoyándose en la pared, para vestir su breve falda, su blusa, rota y desgarrada aún, pero todavía factible de cubrirle sus formas—. Eso es lo que necesito exactamente. Una prueba. Una prueba, sea la que fuere... ¡Una sola prueba, cielos, y sería feliz!

Sacudió la cabeza, tras peinar los cabellos ante un espejo de tocador. Era inútil esperar. Era inútil todo, por completo.

No debía confiar ya en nada ni en nadie. Casi ni en su propio cerebro enfermo... No, sería mejor aparentar normalidad, fingir que todo había pasado, que había recapacitado y admitía que pudo muy

bien imaginarse cosas...

Sería una medida inteligente, desde luego. Muy inteligente, sí. Eso haría. Engañaría a todos. Absolutamente a todos.

Acabó su tocado, simple y escueto. Caminó hacia la salida. Respiró a pleno pulmón el aire húmedo y frío de la mañana. Un reloj de pie, en el corredor, no lejos de donde viera —¿o imaginara? — la faz del difunto Kohlmar, le indicó que eran ya las once de la mañana.

Se dirigió a la escalera. Descendió, con paso lento, majestuoso. No vio a nadie abajo, ni en la biblioteca ni en el comedor. Luego, aguzó el oído. Captó voces en el jardín.

Asomó a una vidriera. Había un cenador cubierto, allá entre los setos. Parecían estar todos reunidos, de charla, aspirando el fresco aire de lluvia y de vegetación, quizá por huir del cargado ambiente de la casa.

Olfateó. Comida. Tostadas, café, cosas así. Recordó que no había querido, que no había podido cenar la noche antes, cuando Kim le subió algo para comer. Ahora era diferente. Incluso sentía apetito.

Se desvió hacia la cocina. Alguien estaba allí haciendo un desayuno tardío. El pan tostado, la mantequilla y el café ponían un grato aroma a la mañana en Kohlmar Terrace.

Wanda Carter asomó a la cocina. No vio a nadie. Peo el café bullía encima de la plancha, y unas rodajas de pan se quemaban sobre otra, sin que nadie las retirase.

Wanda corrió a quitarlas del fuego, antes de que fueran tizones inservibles. Cruzó la cocina, amplia y pulcra, moderna y cuidada.

Vio la alacena abierta, repleta de alimentos, y un gran refrigerador en un ángulo de la cocina, tan alto como una persona. Le sorprendió descubrir en la alacena una serie de bandejas enrejadas, de las que separan los compartimientos de un frigorífico. También había allí paquetes de mantequilla, bolsas de leche... Todo eso, lógicamente, tenía que estar mejor, mucho mejor, en la cámara frigorífica. No tenía sentido dejarlo allí.

Fue al refrigerador. Tiró de su alta puerta blanca.

El chillido agudo, interminable, horroroso, sacudió la casa entera, brotó de labios de Wanda como un sonido ululante y estremecido.

Luego, Wanda Carter se tambaleó, a punto de derrumbarse, ante

la presencia espantosa de aquel cadáver encogido, sangrante, metido a la fuerza en el frigorífico, vaciado de estantes, y convertido así en un gélido, macabro ataúd blanco, helado.

La mujer muerta, de rostro lívido y vidriosa mirada, era Susan Kohlmar, la nuera del difunto millonario, la esposa de George...

CAPÍTULO VIII

—Susan... Cielos, ¿pero por qué? ¿Por qué, Susan?

La pregunta se quedó flotando en el aire. Sin respuesta. Sin comentario alguno. No podía tener respuesta. Nadie la sabía. No podía tener comentario. Nadie hubiese tenido idea de lo que podía comentarse.

Pero esta vez, al menos, Wanda Carter no era la loca de turno, la visionaria, la alucinada. No, nada de eso.

Esta vez era la verdad la de su grito de horror, que había conmovido primero a todos y les había hecho acudir a la carrera, entre escépticos e irritados, hasta verse ante el espectáculo horrible del cadáver empotrado en la cámara frigorífica.

George Kohlmar, naturalmente, había sido el más impresionado de todos. Ante el cadáver de su esposa, emitió un prolongado alarido de angustia, de dolor y de incredulidad. Luego, había roto a llorar como un niño, y su figura sebosa, redonda y fofa se había estremecido con el horror y el llanto, con la desesperación y el aturdimiento.

Ahora estaba arriba también, sometido a la acción de uno de los calmantes del botiquín de la previsor Kim Hedley. Dormía, y eso le evitaba nuevos sufrimientos, mientras en el lecho reposaba su cuerpo vencido por el dolor, y abajo, en la planta inferior de la casa, los seis restantes herederos de Kohlmar y su albacea testamentario, el honorable Terence Brooks, permanecían ensimismados, pensativos, llenos de preocupación y de inquietudes profundas, complejas, angustiosas.

—Todo esto ha de tener una lógica fría y contundente —comentó de pronto Laurence Williams—. Pero ¿cuál es?

Tampoco esta vez hubo respuestas. Eso era lo que hubieran querido todos saber. Al final, solamente Forbes hizo un breve comentario irónico:

—Habrà que empezar a admitir como probables las demás visiones de la señorita Carter, ¿no les parece?

—No fueron visiones —cortó ella, tajante—. Vi a ese hombre, Ed Robertson, o como quiera que se llame. Vi también al hombre muerto como ahora he visto a Susan. Y vi a Kohlmar, vivo o muerto, no lo sé, pero moviéndose por la casa.

—Señorita Carter, yo he estado reflexionando sobre todo lo ocurrido desde que usted llegó, casualmente, en primer lugar a esta casa —habló, con tono paciente, Forbes—. Y se me ha ocurrido una explicación perfectamente lógica, aunque nada beneficiosa para usted.

—¿Qué quiere decir? —se inquietó ella, enarcando sus cejas y mirándolo pensativa.

—Quiero decir que hay una versión que explicaría todo eso más razonablemente que en ningún otro caso. Imaginemos que usted, heredera casual de una parte de los bienes del difunto Howard, resuelve secretamente ampliar ese posible beneficio por el sistema fácil y simple de reducir el número de participantes en la herencia. ¿Qué hace? Primero, crearse una historia novelesca y alucinante, que sostiene como buena actriz, hasta llegar al primer hecho cierto: el crimen auténtico, que puede no ser el último aquí, en estas horas de soledad y aislamiento que estamos obligados a permanecer en común, a no ser que prefiramos renunciar a un buen puñado de cientos de miles de dólares... o de millones incluso.

—¿Qué está insinuando?

—Estoy insinuando, simplemente, que podría muy bien existir una conspiración por su parte. Usted trama eso, da ambiente al lugar, crea una atmósfera de miedo, de tensión, de misterio, de cosas sobrenaturales... y luego asesina a Susan.

—¡Yo! —se horrorizó Wanda—. ¿Cómo puede decir algo así?

—Solo expongo una posibilidad no afirmo nada. Usted entra en la cocina cuando todos estamos en el cenador del jardín, asesina a Susan con un golpe en el cráneo, conforme ha sido causada su muerte... y luego la mete en el refrigerador. Espera un poco, finge llegar y descubrir el cuerpo, con el consabido grito de pánico. ¿No tiene todo eso cierto sentido y coherencia, señorita Carter?

—Posiblemente pueda tenerlo para usted —replicó ella fríamente—. Pero tendrá que probar cuanto ha dicho, si quiere de verdad sostener en público una acusación así.

—¿Acusación? —suspiró cansadamente Forbes, y meneó la

cabeza, de un lado a otro—. No, señorita Carter. No pienso ir tan lejos. Solamente edificaba teorías, no acusaciones. No me puedo arriesgar a acusarla a usted de nada.

—Sin embargo, ha dejado verter ya la calumnia —acusó a su vez Kim, violentamente—. Wanda, querida, usted debería demandar a ese hombre, simplemente, por lo que acaba de sugerir. ¿No es cierto, señor Brooks, que está en condiciones de querellarse contra él?

—Bueno, ciertamente puede hacerlo —asintió el abogado—. Solo que, si el señor Forbes sostiene que estaba simplemente teorizando al azar, sin ánimo de herirla, posiblemente no haya muchas posibilidades de que prospere la demanda. De cualquier modo, hay testigos suficientes, y yo soy uno de ellos, si usted desea ejercer su derecho, señorita Carter.

—Mi derecho... —Wanda se puso en pie, airada—. Estamos hablando de derechos, de juicios y de querellas con un cadáver presente, el de Susan Kohlmar, y otro desaparecido, oculto en alguna parte, el de un desconocido muerto a golpes anoche. ¿Creen que eso es justo, que es siquiera decente y digno? Somos el peor grupo de personas que jamás vi. Ni siquiera somos personas. Nos preocupamos de pensar exclusivamente en nosotros mismos, sin meditar sobre lo ocurrido a una persona, a alguien que ya no existe, brutalmente borrado de nuestra reducida comunidad.

—Creo que lo idóneo sería ausentarse de aquí —habló Rachel Harris—. Y denunciar a la policía lo sucedido.

—Eso significaría renunciar a la herencia —objetó Laurence Williams.

—¿Prefiere su candidatura a ese dinero... o la vida? —sonrió Kim, fríamente.

—La situación no puede ser tan mala —replicó ahora Forbes—. No hay por qué renunciar al dinero solamente porque tengamos más o menos miedo.

—Más bien más que menos —apuntó, irónica, Rachel.

—A pesar de todo, yo pienso seguir aquí —avisó, glacial, Forbes—. Váyanse los que gusten. Eso significará que hay más a repartir.

—O menos a morir —era Wanda Carter la que hablaba, muy pálida—. Creo que no todo empezó con el asesinato de Susan, ni terminará con ello...

—¿Más víctimas? —rio, desdeñoso, Williams—, ¿Cómo en Diez negritos?

—Como en el demonio —se enfureció Wanda—. Esto no es una novela ni un juego de ingenio para espectadores ávidos de emociones. Aquí todos somos protagonistas. Y está sucediendo realmente, no es una novela ni una ficción que estemos leyendo, señores.

—Ella tiene razón —apuntó seriamente Brooks—. Naturalmente, yo no puedo hacer nada en todo esto. Estoy obligado a permanecer aquí con el testamento. Cada uno de ustedes que se ausente, renuncia de forma automática a su parte. Es la voluntad del difunto.

—El difunto... —comentó Kim—. Ni siquiera podemos estar ya seguros de eso. ¿Está realmente muerto Kohlmar, o eso forma parte de su diabólico juego?

—¿Qué ganaría Kohlmar fingiéndose muerto y deambulando por aquí, para presenciar lo que ocurre entre nosotros? —dudó Forbes.

—La venganza, tal vez —apuntó Rachel—. Es posible que, de verdad, no fuese cosa suya lo de las piedras preciosas. Alguien le quiso arruinar, por odio o por rencor, o por intereses propios, y le puso en manos de los federales con una grave culpa. Lo que no contaba ese alguien es que Kohlmar no se dejaba vencer fácilmente, ni siquiera por el Gobierno de Estados Unidos, y que con argucias legales logró impedir que probaran totalmente su responsabilidad en el caso. Un año de prisión y dos millones de multa, sin embargo, era demasiado ya de por sí, y Kohlmar planeó descubrir alguna vez a su adversario oculto, el que le jugó la mala pasada. ¿Sabe una cosa, Forbes? Usted es el candidato ideal a la más leve sospecha en ese terreno...

—¿Yo? —el socio del millonario dio un respingo—. ¿Está loca?

—Para usted, todo el que sugiere algo sensato está loco —replicó Wanda, vivamente—. Rachel tiene razón. Usted ha sido su socio, usted podía ganar mucho si él se hundía. No sería extraño que fuese su delator, su enemigo anónimo...

—¡Váyanse todos al diablo! —se enfureció Forbes—. No tenía motivos para deshacerme de Kohlmar. Su fortuna era mi fortuna; sus beneficios, los míos.

—Sin embargo, siempre cabía la posibilidad de que se beneficiara más aún con ese otro juego. Sí, señor Forbes. Usted

acusa a los demás, pero no parece darse cuenta de lo delicado de su propia situación. Vivo o muerto Kohlmar, es obvio que su legado tiene por objeto conducirnos a una situación límite, provocar el histerismo, el miedo y la violencia entre nosotros, para que alguien, lo bastante perverso como para planear una fea jugada contra Kohlmar entonces, pueda llegar aquí a otra perversión quizá mayor, incluso, en su afán notorio por obtener dinero, por ganar una fortuna. Esa perversión podría ser... el crimen. El crimen directo, sobre ciertas personas aquí presentes. Susan, como hija política, sería de las que más dinero ganaría en la herencia, junto con su marido. De modo que eliminándola a ella, todo iría mejor. Claro que entonces es preciso también eliminar ante todo a George, el hijo de Kohlmar, y... ¡George! —Wanda se puso en pie de un salto—. ¡Dios mío, George!... Hay que protegerlo. Hay que vigilar para que nada le suceda... y ahora está arriba solo en el dormitorio...

Wanda Carter echó a correr escaleras arriba. La siguieron Kim, Williams y Terence Brooks. Los demás se quedaron abajo.

Llegaron al piso alto, corrieron a la habitación de George Kohlmar, preocupados, impacientes por asegurarse de que nada le sucedía al obeso viudo...

Abrieron impetuosamente la puerta.

Williams llegó a tiempo de apartar violentamente a Wanda y echarla al pasillo, impidiendo que asomara en la alcoba. Kim gritó algo, roncamente, y el abogado Brooks juró entre dientes, con ira y estupor.

—¡Williams! —gimió Wanda—. ¿Qué... qué es lo que sucede? ¿Está...?

—Sí, Wanda —afirmó roncamente Laurence Williams—. Es tarde ya. Está... muerto, señorita Carter. Muerto violentamente, a golpes.

* * *

(Del diario de Wanda Carter.)

«De modo que ha ocurrido. Muerto también. George también fue sorprendido. Mientras dormía, sin despertar siquiera, alguien le asesinó brutalmente. Su cráneo fue hendido a golpes. Golpes violentos, seguros, contundentes. Golpes de muerte sobre su cabeza...

»Ya no sé qué hacer, no sé qué pensar...

»Está cayendo la tarde, y tenemos dos cadáveres en la casa... Dos... y alguno más, el de un hombre desconocido, oculto en alguna parte, enterrado acaso en el jardín, en un sótano o en cualquier otra parte...

»No sé lo que sucederá ahora. Mañana, domingo, es el último día. Conforme a ese testamento, no podemos avisar a la policía. Ni marcharnos de aquí. Además, las lluvias han continuado, y los caminos están impracticables. No se puede ni salir de la finca. Por otro lado, nuestro teléfono no funciona.

»Es un aislamiento terrible. Claro que valdría más aventurarse, cruzar el fango, las aguas crecidas... Intentar lo que fuese, pero huir de aquí.

»Sin embargo, ahora, de noche, ¿quién nos dice que el asesino de los Kohlmar no está ahí fuera, acechando, vigilando el lugar, esperando que nos arriesguemos, que salgamos a alguna parte en solitario, para seguir cosechando víctimas propicias?

»¡Oh, Neil, Neil! ¿Dónde estás ahora? ¿Vas a venir al fin alguna vez? Neil, te necesito. Neil, tengo miedo, mucho miedo...

»Y la noche cae ya. Cae sobre este lugar, sobre nosotros, sobre nuestro pobre destino horrible.

»No sé si quedarme al lado de alguien, esperando ser defendida... o si apartarme de todos, ya que cualquiera de nosotros puede ser el asesino de los demás. No, no debo fiarme de nadie. Absolutamente de nadie...

»Cae la noche. Tengo miedo. Tengo mucho miedo...»

* * *

La puerta se había abierto ya del todo. La figura del hombre avanzaba hacia ella, hacia Wanda Carter, que ya ni siquiera podía escribir en su diario, muerta de pánico, rígida, angustiada, esperando lo peor...

Las manos enguantadas se movieron en su dirección. Wanda, temblorosa, estremecida, sintió vacilar todo su cuerpo sobre las piernas repentinamente débiles, sobre unas rodillas que vibraban ahora, heladas, incapaces de soportar su figura.

Ella gritó entonces. Gritó larga, agudamente, con el más vivo pánico que podía llegar a sentir.

Después... le reconoció.

Después vio su rostro, repentinamente, a la luz de la lámpara de flexo... Y el grito se hizo más largo, pero diferente. Más agudo, pero más humano.

Tuvo el sonido de una palabra, de un nombre:

—¡Neil! ¡Neil...!

Y desplomóse. Cayó, inconsciente, vencida por la emoción, por la transición de la inquietud al terror, del terror a la esperanza...

Los brazos del hombre enguantado la recogieron. La trajeron hacia él, ya inerte, sin sentido. Los labios del recién llegado, del hombre que abriera la puerta con una llave que no era la suya, pronunciaron dulce, emocionadamente, el nombre de la muchacha inerte en sus brazos:

—Wanda... Wanda, cariño... ¿Qué es lo que te sucede? ¿Qué te ha ocurrido en este tiempo, amor mío?

CAPÍTULO IX

—Creo que hacer una lápida y pensar en enterrar a una persona de quien ni siquiera tenemos el cadáver... es precipitarse demasiado, Forbes.

Era Williams quien hablaba, con voz ronca. Se había vuelto, tras escuchar por la radio el boletín informativo de la noche, y miraba aviesamente al socio de Kohlmar.

Forbes enarcó sus cejas, con aire escéptico.

—¿Qué espera entonces? Ella no está arriba, su pluma cayó al suelo, su texto escrito es revelador. Alguien entró allí y la llevó consigo. No es fácil que conservara su vida. Si entró el asesino, la chica habrá muerto. Ya ve usted el miedo que sentía, por lo que dejó escrito en su agenda antes de desaparecer...

—Además, recuerde aquel espantoso grito —se estremeció Kim, muy pálida.

—El grito... —Williams se encogió de hombros—. Wanda Carter siempre ha resultado muy propicia a soltar gritos alarmantes, recuerden.

—No me dirá que por capricho. Halló sin vida a Susan, ustedes encontraron luego a su marido George... Y no hay duda de que cuanto ella dijo primero era cierto. En alguna parte se oculta el cuerpo de alguien. Un cuerpo que fue quitado de en medio, lavado pulcramente el suelo y borrado todo rastro de su presencia en esta casa...

—Todo eso está aún por probar, como el relato sobre Ed Robertson y la presunta visión de un Howard Kohlmar con vida —avisó Brooks, pensativo.

—Sí, es cierto. Por Dios, creo que terminaré al fin por cansarme de todo esto —masculló Forbes—. Y me iré de aquí.

—¿Usted? ¿A estas alturas va a renunciar a la fortuna de Kohlmar, amigo Forbes? —dudó Rachel Harris—. Somos solamente cuatro personas. Obtendremos una fortuna.

—Cuatro personas —asintió Kim—. Y de todas ellas, una es un

asesino.

Se miraron entre sí, con creciente desconfianza, con mutuo temor. Era obvio que ninguno se fiaba del otro. Quedaban pocos, muy pocos. Y los cuatro beneficiarios supervivientes se temían, se medían con ojos recelosos, con miedo, con hostilidad evidente.

Solamente Terence Brooks, el abogado, parecía ser allí un simple espectador, interesado tan solo en asistir a un auténtico juego de sospechas, de temores, de angustias intangibles. Solamente el abogado Brooks parecía al margen del caso y de sus terroríficas consecuencias, presenciando el drama hasta sus últimas consecuencias, viendo el desfile de marionetas, sin intervenir en favor o en contra de ninguna de ellas.

—Es tarde —dijo de repente Laurence Williams—. No tengo apetito. Me iré a dormir.

—Cuidado —avisó Rachel—. Corre el riesgo de despertar en el otro mundo...

—¿Cree que no lo he pensado? —gruñó de mal humor el joven Williams.

Abandonó la sala, airadamente. Se quedaron solas las dos mujeres con Forbes y el abogado.

—Si uno de ustedes fuese el asesino, no me gustaría que otro se marchara, quedándome a solas con él —señaló Rachel, nerviosa.

—Lo mejor será acompañarnos mutuamente las dos —señaló Kim—. Dormir en una misma alcoba y...

—No, Kim, gracias —rechazó Rachel—. No hay nada que parezca probar que el asesino no pueda ser una mujer...

—Vaya, ¿también desconfiando de mí? —rio la joven Kim, divertida.

—Desconfiando de todos —suspiró Rachel Harris, poniéndose en pie—. Creo que es hora de ir a dormir y olvidar ya todo lo demás. Mañana, domingo, podemos pasar el día todos unidos, hasta la hora de la lectura del testamento. Creo que será lo mejor...

Así, lentamente, se disolvió la reunión. Cada cual fue a su propio alojamiento, y todo se quedó allí solitario.

Las luces de Kohlmar Terrace se apagaron paulatinamente. En la campiña, la lluvia arreciaba de nuevo, como algo inevitable y demoledor...

—Neil, ¿cómo ha sido esto posible?

—Tenía que venir, Wanda. Estaba seguro de que el corazón no me engañaba. Estabas en apuros. En graves apuros...

—¿Terminaste el asunto en Miami?

—Lo terminé, Wanda. Fue rápido. Y tremendamente dramático —los ojos agudos del agente federal se fijaron en ella—. Wanda, tu historia es realmente terrible. Pero ha de tener una explicación razonable. No creo en aparecidos ni espectros. No, tiene que haber una lógica, una razón concreta.

—¿Cuál, Neil?

—Si lo supiera...

—Neil, ¿cómo averiguaste que era aquí, en Adirondacks, y que esta casa era de Kohlmar?

—El FBI lo sabe todo si se lo propone —sonrió Neil Vincent, rodeando a Wanda con un brazo firme, amoroso—. Debes pensar que todo se puso en movimiento para localizarte... Y vine aquí en cuanto terminé el asunto de Florida. Imaginaba cosas malas, pero no tanto.

—Neil, te juro que hay algo más que esos dos asesinatos. Hay otro crimen, hay un hombre que dicen que no existe... y está el rostro de Kohlmar, flotando por ahí, fantasmalmente...

—Todo se aclarará, estoy seguro —Neil frunció el ceño, pensativo—. Es cuestión de dar con la clave, Wanda, con la razón oculta de todo este siniestra juego...

—¿Sabes ya que Kohlmar tuvo problemas con el FBI hace tiempo, por causa de un tráfico de joyas, de piedras preciosas de contrabando?

—Me enteré de ello en Tampa, antes de salir hacia acá. El criterio del FBI es que no era cosa de él, sino una venganza o una mala pasada para hundirle.

—Eso justificaría que Kohlmar planease un juego diabólico para que el traidor se delatara entonces...

—Sí, ya lo he pensado cuando te oía referir los hechos —asintió Vincent—. En ese caso, también el hecho de que tú participes en este juego tiene su sentido lógico.

—¿Tú crees, Neil?

—Es obvio. No has sido elegida porque te recordase Kohlmar con especial afecto, solo por tener de novio a un agente federal.

Sabía que estando tú aquí, en peligro, de un modo u otro intervendría yo en el asunto. Eso significaría que el FBI volvía a la carga. Tal vez para descubrir, después de mucho tiempo, que él no fue culpable entonces. Quiere señalarnos algo, un culpable sin duda alguna, pero, ¿quién?

—Pocos quedan, Neil; Forbes, Williams, las dos chicas, Kim y Rachel...

—Sí, lo sé. También me pregunto quién era realmente Ed Robertson y el papel que representa en el juego. Y la identidad del asesinado en el vestíbulo, la razón de haber sido ocultado su cadáver, del crimen en sí... y por qué hay alguien en esta casa que puede ser el difunto Kohlmar... o que pretende serlo por alguna razón.

—Demasiadas dudas, Neil. Demasiadas incógnitas.

—Sin embargo, creo que todo responde a una sola interrogante. Que todo liga entre sí. En cuanto hallemos respuesta a algo, a una sola cosa, lo demás saldrá por sí solo...

—Neil, ¿no crees que sería mejor huir de aquí, alejarnos lo más posible, ahora que es tiempo?

—No he venido para huir, Wanda. He venido a salvarte. Y también, ya que estoy aquí, voy a poner en claro el caso de unos asesinatos que, tal vez, sean de jurisdicción federal, puesto que se relacionan con un viejo contrabando de piedras preciosas y la sentencia de un juez federal contra el millonario Kohlmar...

—¿Seguiremos ocultos aquí? Ellos me creerán muerta, los ocupantes de la casa...

—Mejor que lo crean —sonrió Neil Vincent, asomando a la carretera cuidadosamente, desde el interior de su *jeep* de carga, totalmente tapado, como un pequeño camión o furgoneta, aparcado allá, en plena campiña, entre densos matorrales, no muy lejos de Kohlmar Terrace—. Tú no te moverás de aquí bajo ningún pretexto.

—¿Y tú, Neil? —se inquietó ella.

—Esta noche voy a visitar la finca nuevamente —suspiró el federal—. Cuando sea ya de madrugada. No sé por qué, tengo el presentimiento de que alguien más tiene que morir. Alguien que, posiblemente, tiene ya suspendida sobre su cabeza la amenaza del criminal desconocido.

—Neil, cuídate mucho. Este no es un caso vulgar, te lo aseguro...

—Lo sé. Hay algo siniestro en juego. Hasta que sepa lo que es, no descansaré. Pero eso sí, debes prometerme que no te moverás de aquí bajo pretexto alguno.

—Prometido, Neil —sonrió Wanda, risueñamente.

Y llena de confianza en él, se abrazó a Vincent, y sus labios buscaron ávidamente los del joven federal.

El beso fue largo, apasionado e intenso. Un beso que, pocas horas antes, jamás pensó que fuera posible darlo. Cuando todo lo veía perdido, cuando se sentía inmersa en un torbellino de demencia, de terror, de angustia suprema...

Poco después, Neil Vincent abandonaba el solitario *jeep* aparcado en la campiña, bajo la lluvia.

El agente del FBI, resueltamente, caminó en la noche, agazapado sobre el difícil terreno, de regreso a la siniestra casa de la muerte...

CAPÍTULO X

El silencio era todo lo que había en la casa.

Silencio, oscuridad, quietud...

Era como si todo ello tuviera peso, lastrase la atmósfera, dándole un aire entre pavoroso y tenso. Como si las personas que se hallaban allí dentro, descansando, estuvieran oprimidas por la densidad de un clima de pesadilla.

La muerte parecía descansar también, tras el ajetreo de las últimas horas. En torno no se percibía ni un solo sonido, ni un ruido, ni un movimiento humano.

Todo eso duró tiempo. Horas...

El reloj del pie de la planta alta, emitió unas campanadas tenues. Cinco campanadas exactamente.

Las cinco. En el exterior, la lluvia seguía arreciando, incansable. En el interior, su ruido era claro, concreto, audible desde cualquier punto del edificio.

Después, ya no fue solamente la lluvia lo que se oyó.

Después, en alguna parte, hubo un leve soplo de vida, un movimiento, un rumor levísimo, casi inapreciable...

Una puerta comenzó a abrirse. No rechinó. No hizo ruido alguno.

Una mano enguantada accionó la hoja de madera. Unos pasos sigilosos hollaron el corredor.

Continuaba el silencio por doquier. Pero ya aquellos roces denotaban que alguien despertaba en la madrugada. La muerte...

La muerte caminaba, encarnada en un cuerpo humano elástico, tenso, felino, que apenas si producía ruido. Una mano enguantada guiada por el tacto, corredor adelante, evitando tropezar con muebles, objetos de adorno o decoración.

En la otra mano, una chata, corta, maciza barra de metal, cortada toscamente por uno de sus lados. En la barra de metal, manchas oscuras, como de óxido.

Manchas de sangre...

Sangre humana. Sangre derramada en otros crímenes anteriores...

La figura se movía, se deslizaba sigilosa. Se detuvo ante una puerta cerrada. La mano enguantada, sin arma, probó el pomo. Lo giró levemente. La puerta no cedió. Una mueca cruel apareció en la oscuridad, en la pálida mancha de un rostro tenso, perverso, maligno.

El rostro de la misma muerte. El rostro del asesino que actuaba en la sombra, que descargaba su golpe bárbaro, salvaje, sangriento...

Extrajo algo, un alambre, muy fino y curvado. Una ganzúa muy útil. La introdujo en la cerradura. Manipuló en silencio. Apenas un roce leve, inapreciable. Y chascó la cerradura apagadamente.

Estaba abierta. Abierta la puerta al crimen.

Empujó. Espacio, espacio, muy espacio... Cada vez más espacio...

Pero la abertura fue suficiente al fin. Pasó por el hueco. Avanzó hacia el lecho en la oscuridad. Se acercó a la persona que dormía. No importaba quién fuese. Tenía que morir, e iba a morir inmediatamente.

Alzo la barra metálica, la hizo descender brutalmente, hacia una cabeza que reposaba en la almohada...

* * *

La persona despertó entonces.

Emitió un agudo chillido. Una voz de mujer, vibrante y desesperada. Pero era igual. Iba a morir en cuanto la barra metálica cayera violentamente sobre su cabeza. No podía defenderse, no podía luchar.

Una mano enguantada la amordazó, la otra iba a descargar ya el golpe primero, el fatídico de una larga serie también fatídica, demoledora...

Entonces cambió todo.

Súbita, bruscamente, todo fue distinto en la cámara.

Primero, una mano sujetó su mano. Un golpe seco derribó su barra de metal muy lejos de su alcance. Juró entre dientes el asesino. Trató de huir.

La luz se hizo violentamente en el dormitorio. Kim, la rubia Kim

Hedley, se quedó sentada en el lecho, semidesnuda, contemplando con horror la lucha de ambos hombres, la pugna exasperada contra la muerte, entre dos desconocidos.

Dos desconocidos, no. Uno de ellos le era conocido, muy conocido. Era el mismo que había alzado la barra de metal sobre su cabeza. El mismo que luchaba por huir. El mismo que ahora, vencido por el fuerte brazo de otro hombre, joven y elástico, atlético y nervudo, caía de rodillas, pugnando desesperadamente por evadirse.

Al final, el vencedor conectó un seco mazazo al mentón de su enemigo. Este cayó a sus pies, inerte. Ya no se movió.

—¡Dios mío...! —gimió Kim, desesperada, lívida, incorporándose del lecho, mirando lo ocurrido, cubriendo sus pechos con ambas manos—. ¿Qué... qué ha sucedido? ¿Quién es usted?

—Neil Vincent, del FBI —sonrió el desconocido—. El prometido de Wanda Carter...

—Oh, Wanda... Entiendo. Pobre Wanda. Ella...

—Ella está bien. Yo la saqué de aquí, la puse a salvo.

—¿De veras? —miró asombrada al otro hombre, al que yacía en el suelo, ante el federal—. ¿Y... él?

—Le conoce, ¿verdad?

—Claro —afirmó Kim, asombrada—. Es... es Terence Brooks, el abogado y albacea testamentario de Kohlmar...

—Además de eso, es algo más. El asesino, señorita... El asesino de todos los que han caído hasta hoy...

* * *

—El asesino... ¿El abogado Brooks? —Laurence Williams sacudió la cabeza, perplejo—. Imposible. No puedo creerlo.

—Pues ya lo vio. Era él.

—Neil, por Dios, ¿por qué precisamente Brooks? —terció Wanda, tomando una mano de Vincent—. Nunca hubiera sospechado de él...

—Nadie lo hubiera hecho. Parecía ajeno a todo esto.

—¿Lo era en realidad?

—No, claro que no lo era. En absoluto. Brooks era culpable. Total, absolutamente culpable. Era el responsable de todo.

—¿Cuál es la explicación del misterio, ahora que todo se ha

aclarado tan dramáticamente cuando otra persona iba a morir violentamente?

—Una explicación simple y clara. Tenían razón al suponer que Kohlmar quería delatar a su viejo enemigo, al que le causó el daño tremendo de que le acusaran de tráfico ilegal de piedras preciosas. En realidad, el culpable de ese tráfico... era Brooks, su abogado y asesor jurídico.

—¡Cielos! ¿Eso tiene algún sentido?

—Claro que lo tiene. Brooks, como abogado, estaba en quiebra. Se metió en negocios de Bolsa y le fueron mal. Él mismo lo acaba de confesar. Entonces apeló a los envíos que hacía Kohlmar a otros países o a los que recibía para lograr él, con otros miembros de una amplia organización, introducir las piedras preciosas en la mercancía de Kohlmar. Lo que ninguno de ustedes recordó es que entonces, por ser asesor jurídico de Kohlmar, Brooks ocupaba un despacho en su negocio.

—Es cierto —rezongó irritado Forbes, golpeándose la frente—. Torpe de mí...

—Nada más fácil que, al recibir las remesas, abrirlas en la noche, antes de que fuesen abiertas oficialmente por el personal de Kohlmar, y obtener las gemas. Lo que sucedió es que hubo algunas personas que descubrieron eso, y creyeron que Kohlmar era el culpable. La nuera, Susan, delató a Kohlmar para ver si desaparecía el viejo y ella y George heredaban. Kohlmar fue acusado y pagó, pero Brooks perdió su negocio dorado, y juró vengarse alguna vez de todo eso. Kohlmar, por su parte, creyendo culpables de traición a sus parientes, ideó la macabra idea de reunirlos aquí y hacer que se mataran entre sí, en un bonito estilo de nuevo deporte asesino. Solo que había alguien con más odio a los Kohlmar que nadie: Brooks, derrotado entonces en su gran negocio. Y él se cuidó de ejecutar su venganza. Para ello llamó a sus antiguos esbirros. Su plan era liquidar a cuantos vinieran, ya que él ignoraba exactamente quién fue su delator entonces. Eliminando a todos, ese enfermo mental que es Brooks ahora, estaría seguro de su venganza. No le importaba matar a unos cuantos, para que solo uno pagara. Y así lo hizo.

—Pero, ¿y Ed Robertson, y el hombre asesinado? —indagó Wanda, curiosamente.

—Sus cómplices de entonces en el juego de las piedras preciosas. Compañeros del juego criminal de Brooks. Los utilizó para hacer creer a todos que Wanda Carter, única persona ajena al juego, a la familia, y por ello fuera de sospechas, estaba loca. Robertson, apareciendo y desapareciendo, contribuiría a ello. Lo malo es que el segundo compinche supo que, muerta toda la familia Kohlmar, Brooks, como albacea, se ocuparía de administrar la fortuna, y eso significaba que el abogado sería el único beneficiario, haciendo con el dinero de Kohlmar lo que le viniese en gana. Eso también influía en su loca idea de asesinar absolutamente a todos. Solo quería salvar a Wanda, contra quien nada sentía, haciéndola huir de aquí o forzándola a llamarme a mí, con lo que perdía su derecho a la herencia. Las cosas salieron mal. Cuando su cómplice exigió partes iguales en el juego, optó por asesinarlo. Solo que no le golpeó bien, y apareció en aquella horrible forma en el vestíbulo de la casa de Kohlmar, aterrorizando a Wanda y creando aquel ambiente de horror. Cuando ella corrió a campo través, se apresuraron Brooks y el supuesto Robertson a retirar el cadáver y limpiar la sangre cuidadosamente. Les sobró tiempo.

—¿Y Kohlmar, resucitado, andando por allá arriba?... —aventuró Rachel Harris.

—Robertson, con una máscara de goma —sonrió Neil Vincent—. El caso era aterrorizar tanto a Wanda, que ella huyese de aquí. En realidad, era lo único bueno que hizo nuestro asesino; querer salvar justamente la vida de quien más temíamos que peligrase en la aventura...

—De modo que eso explica todo —suspiró Kim, estremecida—. Y hubiera terminado, uno a uno, con todos nosotros.

—Con todos. Era su doble objetivo; venganza cumplida... y la fortuna administrada por él, hasta resolver un destino benéfico. Para entonces, varios millones habrían pasado a sus manos.

—¡Qué historia más horrible...! —musitó Forbes, tembloroso.

—Realmente tremenda —asintió Vincent, oprimiendo con calor una mano de la joven Wanda en la suya—. Pero ya terminó. Kohlmar, en realidad, fue quien se salió con la suya. Su delatora, Susan, fue la primera en morir. Luego, su enemigo, el hombre que traficó en joyas a espaldas de la ley federal, Brooks, pagó al fin. Será ejecutado por sus crímenes, no les quepa duda...

Y luego, mirando dulcemente a Wanda, añadió el federal:

—Está, señores, es la auténtica conclusión de la historia terrible que acaban de vivir en estas dos noches...

Sonrió a Wanda. Y ella a él.

Como bien decía Neil Vincent, la pesadilla había quedado atrás. Definitivamente atrás...

* * *

—Oh, Neil, creo que te debo tanto... La vida, la normalidad, el no haberme vuelto absolutamente loca en aquella maldita casa...

—Olvidalo, cariño —sonrió él—. Olvida todo eso. Como se olvidan las pesadillas.

—¿Crees que podré?

—Tienes que hacerlo, cariño. Todo se olvida. Y con más motivo, lo desagradable.

—Pero Neil es tan difícil borrar todo aquel horror de mi mente...

—Te ayudaré a olvidar, Wanda. Tengo permiso ahora. Vamos a adelantar nuestra boda...

—¡Neil!

—¿Contenta? —sonrió el federal.

—Feliz, Neil, mi vida...

—Eso es lo que realmente importa. Tu felicidad. Y la mía. Nuestro futuro, Wanda... Un futuro sin horrores, sin malos recuerdos. Un futuro mejor que ningún otro momento de nuestras vidas. Con los malos recuerdos vueltos a su mundo de sombras, de las que nunca debieron salir.

—¡Oh, Neil, amor...!

Sus labios se unieron.

Y Wanda supo que sí. Que el futuro sería lo mejor de todo. Y el olvido también de todo lo pasado. De todo lo que salió de entre las sombras, y a las sombras regresó para siempre.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España